

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 19

BEBÉS

*“Y los bendijo Dios, y les dijo:
Fructificad y multiplicaos;
llenad la tierra, y
sojuzgadla”.*

Génesis 1:28

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

19

Bebés

Contenido

La imagen de Dios y la bendición de Dios	3
<i>Juan Calvino (1509-1564)</i>	
Fructificad y multiplicaos	9
<i>Martín Lutero (1483-1546)</i>	
La herencia del Señor	14
<i>Thomas Manton (1620-1677)</i>	
Amor y cuidado del niño.....	19
<i>J. R. Miller (1840-1912)</i>	
Se salvará engendrando hijos	26
<i>Stephen Charnock (1628-1680)</i>	
Cuatro gracias necesarias	31
<i>Richard Adams (1626-1698)</i>	
Sara dio a luz por fe.....	36
<i>A.W. Pink (1886-1952)</i>	
El mejor apoyo a la maternidad.....	40
<i>Richard Adams (1626-1698)</i>	
Cuando Dios no da hijos	44
<i>Thomas Jacombe (1623-1687)</i>	
Un niño nos es nacido	46
<i>Thomas Boston (1676-1732)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2016 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

LA IMAGEN DE DIOS Y LA BENDICIÓN DE DIOS

Juan Calvino (1509-1564)

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:26-28).

El hombre es una criatura noble por encima de todas las demás y tiene en sí un valor que supera a todas las criaturas visibles. Por eso es que Dios delibera cuando se prepara para crearlo. Es cierto que el hombre fue hecho poco menor que los ángeles porque estos disfrutaban de la presencia de Dios y su posición es más honorable de lo que podemos imaginar porque son los mensajeros de Dios.

Inclusive, son ministros de su poder y de la soberanía que ejerce en este mundo. Pero de todas las cosas en el cielo y en la tierra, nada se compara con el hombre.

Es por eso que los filósofos lo han llamado “un pequeño mundo”. Si quisiéramos reflexionar sobre lo que hay en el hombre, encontraríamos tantas cosas maravillosas que sería como hacer una excursión alrededor del mundo. Es de destacar, entonces, que es en este punto donde Dios empieza su consulta; no que se encuentre con problemas, sino que lo hace a fin de expresar mejor la bondad infinita que nos quería demostrar. Por lo tanto, si Moisés hubiera afirmado simplemente que por último Dios creó al hombre, no nos conmoviéramos y emocionariáramos tanto ante su gracia, tal como la revela en su naturaleza. Pero cuando Dios compara al hombre con una obra singular y excelente, y parece que estuviera consultando sobre un tema de gran importancia, nos conmueve aun más profundamente saber que es en el *hombre* donde Dios quería que brillara su gloria. De lo contrario, ¿por qué es tan importante que nos diferenciamos de los animales irracionales? ¿Es una parte de nuestra sustancia? Hemos sido formados del polvo de la tierra. Es la misma tierra de la que fueron tomados los bueyes, asnos y perros. ¿Cómo es, pues, que tenemos una posición tan alta que nos acercamos a nuestro Dios, que tenemos la capacidad de razonar y comprender, y

luego, señorío sobre todo lo demás? ¿De dónde viene eso fuera del hecho de que a Dios le agradó hacernos diferentes? Esa diferencia es señalada cuando Dios declara que quiere realizar una obra importante que es más grande que todo lo demás que ha creado. Aunque el sol y la luna son creaciones tan nobles que parecen divinas, aunque los cielos tienen un aspecto que maravilla y alegra al hombre, aunque la gran diversidad de frutas y otras cosas que vemos aquí en la tierra son diseñadas para declararnos la majestad de Dios, la realidad es que si comparamos todo eso con el hombre, encontramos en él características mucho más grandiosas y más excelentes...

Al llegar a este punto, podríamos preguntar: “¿Con quién consulta Dios?”... El Padre fue la causa y fuente soberana de todas las cosas y aquí consulta con su sabiduría y su poder... Nuestro Señor Jesucristo es la Sabiduría sempiterna que reside en Dios y ha tenido su esencia siempre en él. ¡Él es uno de la Trinidad! El Espíritu Santo es el Poder de Dios. Las ideas fluirán muy bien si decimos que la Persona del Padre es presentada aquí porque tenemos el punto de partida para hablar acerca de Dios cuando dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”... Cuando dice que el hombre será creado a imagen de Dios, conforme a su semejanza, es para declarar que habrá en él poderes y dones que servirán como señales y marcas que muestran que la raza humana es como el linaje de Dios, tal como lo prueba Pablo con el dicho del poeta gentil en el capítulo 17 de Hechos: “Porque linaje suyo somos” (Hch. 17:28)...

Tenemos que comprender ahora en qué consiste esa imagen y esa semejanza o ese parecido y conformidad con Dios. ¿Es en el cuerpo o en alma, o se trata del señorío que le ha sido dado al hombre? Muchos lo relacionan con el cuerpo. Por cierto que en la forma del cuerpo humano, hay tal habilidad creativa que podemos decir que es *una* imagen de Dios porque si su majestuosidad aparece en cada parte del mundo, mayor razón hay para que aparezca en aquello que es más excelente. Pero la realidad es que no encontramos tal perfección en el cuerpo humano como la imagen y semejanza a la que Moisés se refiere. ¡Al contrario!

En consecuencia, ni el cabello ni los ojos, ni los pies ni las manos nos conducirán hacia donde Moisés nos guía. En cuanto a la superioridad y la preeminencia de estas características humanas que han sido dadas al hombre por sobre todas las criaturas, no reflejan la imagen de Dios porque son características externas que no nos llevarán muy lejos. Debido a todo eso, tenemos que enfocar el *alma*, que es la parte más digna y valiosa del hombre. Aunque Dios ha mostrado los grandes tesoros de su poder, bondad y sabiduría al formarnos, el alma, como he dicho, es

la que tiene raciocinio, comprensión y voluntad, que es mucho más de lo que puede encontrarse en el cuerpo exterior.

Ahora bien, como hemos tratado exhaustivamente y resuelto el punto de que la imagen de Dios está principalmente en el alma y se extiende al cuerpo como un accesorio, tenemos que considerar ahora en qué consiste la imagen de Dios y en qué sentido nos conformamos a él y nos parecemos a él...

Nuestro padre Adán, habiéndose enemistado con su Creador, fue entregado a la vergüenza e ignominia y, como consecuencia, Dios le quitó los dones excelentes con que lo había dotado anteriormente... Pero porque Dios, a través de nuestro Señor Jesucristo, repara su imagen en nosotros que había sido borrada en Adán, podemos comprender mejor la importancia de esa imagen y semejanza que el hombre tenía con Dios al principio. Porque cuando Pablo dice en Colosenses 3 que debemos ser renovados según la imagen de Aquel que nos creó (Col. 3:10) y, luego en Efesios 4, cuando menciona la justicia y verdadera santidad como las características a las cuales tenemos que ser conformados (Ef. 4:24), muestra que la imagen de Dios es importante; que nuestra alma al igual que nuestro cuerpo, debe ser guiada por una rectitud innegable y que nada hay en nosotros que se asemeje a la justicia y rectitud de Dios. Es cierto que Pablo no presenta aquí una lista completa, pero tampoco habla en términos generales a fin de incluir todo lo que testifica de la imagen de Dios. En cambio, cuando habla de las características principales, nos dice cuáles son las características auxiliares.

En suma, el alma debe ser limpiada de toda vanidad y toda falsedad y la claridad de Dios tiene que brillar en ella para que haya una capacidad de juicio, discreción y prudencia. Por eso es que Dios repara su imagen en nosotros cuando nos conforma a su justicia y nos renueva por su Espíritu Santo para que podamos andar en santidad. Porque eso es cierto, podemos ver en qué punto tenemos que comenzar si queremos determinar lo que es la imagen de Dios. Tal es el comienzo de la imagen de Dios en nosotros, pero eso no es todo... cuando se menciona la imagen de Dios en el hombre y no entendemos la causa de la confusión causada por el pecado, tenemos que tomar nota de esos pasajes de Pablo y, a la vez, encontrar en Jesucristo lo que ya no hay dentro de nosotros porque nos fue quitado por nuestro padre Adán. Entonces veremos que el hombre fue creado con una naturaleza tan pura e íntegra que su alma poseía una prudencia maravillosa y no estaba cubierta de falsedad, hipocresía e ignorancia, fruto por el cual ahora no hay en nosotros más que vanidad y tinieblas. En consecuencia, había un anhelo sincero de obedecer a Dios y gozar de todo lo bueno, no había ningún deseo o impulso de hacer el mal, en cambio ahora, todos nuestros

afectos son actos de rebelión contra Dios. En aquel entonces, el cuerpo estaba tan bien y apropiadamente equilibrado que cada segmento pequeño estaba listo y ansioso por servir y honrarle. Así era el hombre, predispuesto a andar en santidad y toda justicia. En él había una abundancia de dones divinos para que la gloria de Dios brillara por doquier, interior y exteriormente. Eso, pues, caracteriza a aquella imagen...

Moisés agrega, “a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”. Esa repetición no es superflua, ya que aunque reuniéramos todas las mejores palabras en el mundo para expresar esa obra excelente de Dios, distaríamos mucho de poder hacerlo... Moisés tenía buenas razones para querer darnos la oportunidad de considerar con más atención el hecho de que fuimos creados a la imagen de Dios. Si consideramos nuestros cuerpos, ellos fueron formados del polvo... con la intención de que fueran una morada para las benevolencias divinas y los dones de su Espíritu Santo para que llevaran su imagen. Esa, pues, es la intención de la repetición de Moisés. Es para que podemos glorificar a nuestro Dios a menudo por ser generoso con nosotros y contarnos entre sus criaturas y aun darnos superioridad sobre ellas, pero también imprimiendo en nosotros sus características y queriendo que seamos sus hijos...

Ahora bien, dice que “varón y hembra los creó”. Y Moisés, a veces, escribe aquí en plural y, a veces, en singular [para referirse a ambos sexos], como cuando dice “Hagamos al hombre a nuestra imagen” y más adelante dice “los creó”. Podríamos afirmar que los hombres que descienden de Adán son los destinados a “señorear”, pero no excluyó a la mujer, agregando: “varón y hembra”; así fueron creados. Aquí podríamos comparar esto con el pasaje donde Pablo dice que sólo el hombre, no la mujer, es la imagen de Dios (1 Co. 11:7) y creer que hay alguna contradicción, pero la respuesta es fácil porque aquí Moisés está hablando de los dones que fueron dados a ambos sexos. El hombre y la mujer por igual, tienen el poder de razonar y comprender. Tienen *voluntad* y la habilidad de diferenciar entre lo bueno y lo malo. En suma, todo lo que pertenece a la imagen de Dios... Es digno de notar que otros pasajes afirman que en nuestro Señor Jesucristo no hay varón ni mujer (Gá. 3:28). Eso significa que su gracia se extiende al hombre y a la mujer, de modo que todos somos partícipes de su gracia. Habiendo resuelto este punto que no deja lugar a discusión, podemos ver que el hombre fue creado no como varón únicamente, sino también como mujer, y que ambos son partícipes de la imagen de Dios...

Luego el texto habla de la *bendición* que Dios le dio a Adán. Primero le dice a él y a su mujer: “Fructificad y multiplicaos” y agrega, en se-

gundo lugar: “Señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra”. La primera bendición es la misma para humanos, animales, peces y pájaros. Tienen que multiplicarse generación tras generación. Ya hemos mencionado que el hombre no debe atribuir su origen a alguna causa inferior de la naturaleza, sino que debe tener un Creador. ¿Por qué? *iPorque todos somos producto de su bendición!* Por eso es que las Escrituras nos dicen, a menudo, que el fruto del vientre es una herencia de Dios, es decir, *un don especial* (Sal. 127:3) a fin de que no seamos tan ignorantes como para creer que el hombre engendra y la mujer concibe por su propio poder y que Dios no es el autor de su linaje.

Así que hemos de tomar nota de cuál es la bendición de Dios a la que se refiere aquí porque [vemos en Gn. 30:2] que Jacob le dijo a su esposa Raquel, cuando lo importunaba para que le diera un hijo: “¿Soy yo acaso Dios?”. Con esto indica que los hombres no deben hablar de esta manera, sino que Dios debe ser glorificado porque les otorga la gracia de ser *padres* y a las mujeres de ser *madres*... Éste, pues, es el resultado de esa bendición: Saber que Dios declaró, al principio, que quería que la raza humana se multiplicara y que, en nuestra época, cuando da un linaje e hijos, *es una bendición especial que otorga a los padres y madres y un tesoro especial que tienen que reconocer que procede de él y por el cual deben rendirle homenaje.*

Además, comprendamos que el pecado produce la desigualdad que vemos en el hecho de que no todos los hombres tendrán hijos, que no todos los hijos del vientre de la mujer serán iguales, porque habrá algunos que nacen débiles y a un paso de la tumba, y que algunos serán encorvados, tuertos, ciegos, jorobados o cojos. Dios muestra en todo lo que es desfigurado y deforme que su bendición es menor, aunque no se ha extinguido del todo. Aun veremos a mujeres que, a menudo, pierden a un hijo en gestación. ¿Cuál es la razón? El pecado de Adán es dado como razón, a fin de que nos humillemos al comprender que somos rechazados y echados lejos de la gracia que nos fue conferida por Dios en la primera creación. Con respecto a la bendición de Dios, esto es lo que hemos de tener en cuenta: En virtud de aquella palabra que dijo una vez para siempre, nacen ahora todos los hijos de esta manera, el mundo es sostenido y las generaciones se suceden una tras otra.

Asimismo, esta bendición incluye un privilegio mucho más grande que el que tienen las bestias porque los bueyes, los asnos y los perros engendran en su juventud, como los zorros y todos los demás. Peor, ¿acaso gozan sus crías de la misma dignidad que la del hombre? Por lo tanto, cuando Dios da hijos a hombres y mujeres, los establece como sus comisionados, porque el hombre no puede ser padre, a menos que

esté allí como representante de la Persona de Dios. Hay sólo un Padre, hablando con propiedad, como dijo nuestro Señor Jesucristo: “Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos” (Mt. 23:9). Y eso significa [que Dios es] Padre de nuestra alma y nuestro cuerpo. Por lo tanto, ese título tan honorable le pertenece a nuestro Creador. Es decir, él es nuestro Padre, aunque nos permite decir “mi padre” y “mi madre” en este mundo, esto resulta del don de Dios por el cual se complace él en compartir su título con criaturas tan frágiles como nosotros. Asimismo, sepamos que el privilegio que Dios da a los que producen descendientes es que él quiso hacerlos sus representantes, por así decir. Por esto, con más razón, tenemos que valorar y magnificar su gracia...

Ahora bien, siendo este el caso, Moisés propone correctamente la segunda bendición, la cual había sido dada anteriormente al mundo, específicamente, entre las criaturas. Antes de que fuera creado el hombre había plantas y pastura, había luces en el cielo. Pero, aunque el sol es llamado a guiar de día y la luna a guiar de noche, no les corresponde *gobernar*. En realidad, es imposible que lo hagan. Porque ¿qué bien le hubiera hecho a la tierra las muchas cosas buenas que provee si no hubiera alguien que las poseyera? Así que Adán tenía que ser creado para vivir sobre ella y tenía que contar con la gracia de Dios para producir un linaje y, de esta manera, multiplicarse.

Tomado de *John Calvin's Sermons on Genesis* (Sermones de Juan Calvino sobre Génesis), Tomo 1, The Banner of Truth Trust, usado con permiso,
www.banneroftruth.org.

Juan Calvino (1509-1564): Teólogo y pastor francés, líder importante durante la Reforma Protestante; nacido en Noyon, Picardia, Francia.



FRUCTIFICAD Y MULTIPLICAOS

Martín Lutero (1483-1546)

*“Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos;
llenad la tierra, y sojuzgadla” (Génesis 1:28).*

Este es un *mandato* que Dios agregó para la criatura. Pero, buen Dios, ¡cuánto hemos perdido por el pecado! ¡Cuán bendito era el estado del hombre cuando engendrar hijos estaba enlazado con el mayor respeto y sabiduría, de hecho, con el conocimiento de Dios! En la actualidad, la carne está tan abrumada por la lepra de la lascivia que, en el acto de procreación, el cuerpo se vuelve groseramente animal y no puede concebir en el conocimiento de Dios.

La raza humana mantuvo el poder de procreación, pero muy degradado y hasta totalmente abrumado por la lepra de la lascivia, de modo que la procreación es, apenas un poco, más moderada que la de los animales. Agréguese a esto los riesgos y peligros del embarazo y de dar a luz, la dificultad de alimentar al hijo y muchos otros males, los cuales nos señalan la enormidad del pecado original¹. Por lo tanto, la bendición, que sigue hasta ahora en la naturaleza, lleva consigo, por así decirlo, una maldición en sí y degrada la bendición, si la comparamos con la primera. No obstante, Dios la estableció y la preserva.

Por lo tanto, reconozcamos con agradecimiento esta “bendición estropeada”. Y tengamos en mente que la inevitable lepra de la carne², que no es más que desobediencia y aborrecimiento adheridos al cuerpo y a la mente, es el castigo por el pecado. Por lo demás, esperemos con anhelo la muerte de esta carne para ser liberados de estas condiciones

¹ **Pecado original** – El pecado original, en toda su extensión, es la culpa del primer pecado de Adán: La falta de la justicia y rectitud original y la corrupción de toda la naturaleza. Todos y cada uno de la raza natural de Adán, nace o es concebido en él: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” Ro. 5:12. “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” Sal. 51:5. Lo heredamos de Adán, el primer humano. Ro. 5:12, recién citado. Y nos es transmitido por generación natural: “¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie” Job 14:4. Salmo 51:5 antes citado. Aun los progenitores santos se lo transmiten a sus hijos porque los procrean en su propia imagen natural: “Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set” Gn. 5:3. Ahora nuestro estado natural es un estado corrupto, debido al pecado original. Por ser un pecado original, es un manantial de pecado, que continúa indefectiblemente en cada ser humano mientras permanece en ese estado. (Thomas Boston, *Works*, Tomos 7, 9).

² **Lepra de la carne** – El poder destructor de la lascivia.

aborrecibles y ser restaurados aún más allá del punto de aquella primera creación de Adán...

Aunque Adán había caído por su pecado, contaba con la promesa... que de su carne, que ahora estaba sujeta a la muerte, nacería para él un renuevo de vida. Comprendió que produciría hijos, especialmente porque la bendición “fructificad y multiplicaos” (Gn. 1:28), no había sido retirada, sino reafirmada en la promesa de la Simiente, quien aplastaría la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15). En consecuencia, creo que Adán no conoció a su Eva simplemente por la pasión de su carne, sino que también lo impulsaba la necesidad de lograr salvación por medio de la Simiente bendita.

Por lo tanto, nadie debe sentirse contrariado ante la mención de que Adán conoció a su Eva. Aunque el pecado original ha hecho de esta obra de procreación, la cual debe su origen a Dios, algo vergonzoso que incomoda a oídos puros, el hombre de pensamiento espiritual debe hacer una distinción entre el pecado original y el producto de la creación. La obra de procreación es algo *bueno* y *santo* que Dios ha creado, porque procede de él, quien le da su bendición³. Además, si el hombre no hubiera caído, hubiera sido una obra muy pura y muy honrosa. Así que como nadie siente recelo acerca de conversar, comer o beber con su esposa –pues estas son todas acciones honrosas– así también, el acto de engendrar tendría que haber sido algo de gran estima.

Entonces, pues, la procreación continuó en la naturaleza, aun cuando se había depravado, pero se le agregó el veneno del diablo, a saber, la lascivia de la carne y el agravante de la concupiscencia que son también la causa de diversas adversidades y pecados, de los que la naturaleza en su estado de perfección se hubiera librado. Conocemos por experiencia los deseos excesivos de la carne y, para muchos, ni el matrimonio es un remedio adecuado. Si lo fuera, no habría casos de adulterio y fornicación que, lamentablemente, son demasiado frecuentes. Aun entre los casados mismos, ¡qué diversas son las maneras como se manifiesta la debilidad de la carne! Todo esto viene, no de lo que fue creado [originalmente] ni de la bendición que viene de Dios, sino del pecado y la maldición, que es producto del pecado. Por lo tanto, tienen

³ Esta bendición puede ser considerada como la fuente de la cual fluyó la raza humana. Y tenemos que considerarla no sólo en relación con el todo, sino también con cada caso en particular. Porque somos fértiles o estériles en lo que respecta a los hijos, según Dios imparte su poder a algunos y no a otros. Pero aquí Moisés declara sencillamente que Adán y su esposa fueron creados para procrear hijos, a fin de que los humanos llenaran la tierra. (Juan Calvino, *Commentary on the First Book of Moses Called Genesis* (Comentario del primer libro de Moisés llamado Génesis), 97-98.

que considerarse aparte de la creación de Dios, que es buena; y vemos que el Espíritu Santo no tiene ningún recelo en hablar de ella.

No sólo no hay ninguna deshonra en lo que está diciendo Moisés aquí sobre la creación de Dios y su bendición, sino que es también necesario que impartiera él esta enseñanza y la pusiera por escrito debido a herejías futuras como las de los nicolaítas⁴ y tacionos⁵, etc., pero específicamente por el papado. Vemos que a los papistas no les impresiona para nada lo escrito anteriormente (Gn. 1:27): Dios “varón y hembra los creó”. Por la forma cómo viven y la manera como se vinculan y encadenan con votos, pareciera que no se consideran ni varones ni mujeres. No les impresiona para nada que está escrito que el Señor formó a Eva para Adán y que éste dijo: “Esto es ahora hueso de mis huesos” (cf. Gn. 2:22-23). La promesa y la bendición no les causa ninguna impresión: “Fructificad y multiplicaos” (Gn. 1:28). Los Diez Mandamientos tampoco les causa ninguna impresión: “Honra a tu padre y a tu madre” (Éx. 20:12). ¡Tampoco les hace mella el hecho de haber nacido como resultado de la unión de un hombre con una mujer! Haciendo caso omiso a todas estas consideraciones, obligan a sus sacerdotes, monjes y monjas a un celibato perpetuo, como si la vida de los casados, de las cuales habla Moisés aquí, fuera detestable y reprochable.

Pero el Espíritu Santo tiene una boca más pura y ojos más puros que el papa. Por esta razón, no tiene ningún recelo en referirse a la unión de esposo y esposa, que aquellos eruditos católicos condenan como execrable e inmunda. Tampoco el Espíritu Santo condena esa unión en ningún pasaje. Las Escrituras están llenas de referencias como ésta, por lo que algunos han prohibido que los monjes y monjas jóvenes lean los libros sagrados. ¿Qué necesidad hay de decir más? Tal fue la furia del diablo contra la santidad del matrimonio y creación de Dios, que por medio de los papistas obligó que los hombres renunciaran a la vida matrimonial... Por lo tanto, hay que guardarse contra esas doctrinas de demonios (1 Ti. 4:1) y aprender a honrar al matrimonio y hablar con respeto acerca de esta manera de vivir porque vemos que Dios lo instituyó y es alabado en los Diez Mandamientos, donde dice: “Honra a tu madre y a tu padre” (Éx. 20:12). Y a esto se agrega la bendición: “Fructificad y multiplicaos” (Gn. 1:28). Aquí, al que oímos hablar es al Espíritu Santo y su boca es casta. No debemos ridiculizar ni burlarnos de

⁴ **Nicolaítas** – Seguidores de una forma desviada del cristianismo en Asia Menor, que Juan condenó abiertamente en sus cartas a Éfeso (Ap. 2:6) y Pérgamo (2:15). Aparentemente, sus seguidores eran inmorales y comían alimentos sacrificados a los ídolos.

⁵ **Tacionos** – Seguidores de Taciano, fundador de los encratitas, grupo que practicaba un estilo de vida ascético, incluyendo la abstinencia permanente de comer carne, tomar vino y del matrimonio.

los vicios e ignominias que se adjuntaron a lo que Dios había creado, sino cubrirlos, tal como vemos a Dios cubrir la desnudez de Adán y Eva con túnicas de pieles después de que pecaron. El matrimonio debe ser tratado con honra; de él provenimos todos porque es un semillero, no sólo para el Estado, sino también para la Iglesia y el reino de Cristo hasta el fin del mundo.

Los paganos y otros sin Dios no comprenden la gloria del matrimonio. Se limitan a compilar las debilidades que existen tanto en la vida matrimonial como en el género femenino. Separan lo inmundo de lo limpio, de tal manera que retienen lo inmundo y no ven lo limpio. También, de esta manera, algunos eruditos de la ley emiten juicios impíos sobre este libro de Génesis diciendo que no contiene más que las actividades lascivas de los judíos. Si, además de esto, cunde un desprecio por el matrimonio y se practica un celibato impuro, ¿caso no son estos hebreos culpables de los crímenes de los habitantes de Sodoma y mercedores del mismo castigo? Pero dejemos a un lado a estos hombres y escuchemos a Moisés.

No bastó que el Espíritu Santo afirmara: “Conoció Adán a... Eva”, sino que incluye también “su mujer” [significando su esposa]. Porque el Espíritu no aprueba el libertinaje disoluto⁶ ni la cohabitación promiscua⁷. Quiere que cada uno viva tranquilo con su *propia* esposa. A pesar de que la relación íntima de un matrimonio no es de ninguna manera tan pura como lo hubiera sido en el estado de inocencia, en medio de esa debilidad causada por la lascivia y de todo el resto de nuestras desgracias, la bendición de Dios persiste. Esto fue escrito aquí, no por Adán y Eva (porque ellos hacía mucho que habían sido reducidos al polvo cuando Moisés escribió estas palabras), sino por nosotros, para que aquellos que no se pueden contener, vivan satisfechos con su propia Eva y no toquen a otras mujeres.

La expresión “conoció a... su mujer...” es exclusiva del hebreo porque el latín y el griego no se expresan de esta manera. No obstante, es una expresión muy acertada, no sólo por su castidad y modestia, sino también por su significado específico, porque en hebreo tiene un significado más amplio que el que tiene el verbo “conocer” en nuestro idioma. Denota, no sólo un conocimiento abstracto sino, por así decir, sentimiento y experiencia. Por ejemplo, cuando Job dice de los impíos que conocerán [o sabrán] lo que significa actuar en contra de Dios, está queriendo decir: “Sabrán por experiencia y lo sentirán”⁸. También el

⁶ **Libertinaje disoluto** – Entrega descontrolada a los placeres sensuales.

⁷ **Cohabitación promiscua** – Vivir soltero con varias parejas sexuales.

⁸ Aparentemente esto se refiere a Job 9:5 [saben] o a Job 19:29 [sepáis].

Salmo 51:3 dice: “Porque yo reconozco mis rebeliones”, significando: “Lo siento y por experiencia”. Igualmente, cuando Génesis 22:12 dice: “Ya conozco que temes a Dios”, se trata de “Ya he comprendido el hecho por experiencia”. Así también, Lucas 1:34: “Pues no conozco varón”. De hecho, María conocía a muchos hombres, pero no había tenido la experiencia ni sentido a ningún hombre físicamente. En el pasaje que tratamos, Adán conoció a Eva, su mujer, no objetiva ni especulativamente, sino que realmente había sentido por experiencia a su Eva como una mujer.

El agregado “la cual concibió y dio a luz a Caín” es indicación segura de una mejor condición física que la que hay en la actualidad porque en aquella época no había tantos habitantes ineficaces como los hay en este mundo en decadencia; pero cuando Eva fue conocida, sólo una vez por Adán, quedó embarazada inmediatamente.

Aquí surge la pregunta de por qué Moisés dice “dio a luz a Caín” y no “dio a luz un hijo y lo llamó Set”. Caín y Abel eran también hijos. Entonces, ¿por qué no son llamados hijos? La respuesta es que esto sucedió a causa de sus descendientes. Abel, que fue muerto por su hermano, murió físicamente; en cambio, Caín murió espiritualmente por su pecado y no propagó la simiente de la Iglesia ni del reino de Cristo. Toda su posteridad pereció en el Diluvio. Por lo tanto, ni el bendecido Abel ni el condenado Caín llevan el nombre de hijo, sino que fue de los descendientes de Set de quienes nació Cristo, la Simiente prometida.

Tomado de “Lectures on Genesis, Chapters 1-5” (Conferencias sobre Génesis, capítulos 1-5) de *Luther's Works* (Las obras de Lutero), Tomo 2, ed. Jaroslav Jan Pelican, Hilton C. Oswald y Helmut T. Lehman, Concordia Publishing House, usado con permiso, www.cph.org.

Martín Lutero (1483-1546): Monje alemán, ex-sacerdote católico, teólogo y líder influyente de la Reforma Protestante del siglo XVI; nacido en Eisleben, Sajonia.



En la propagación de la raza humana, la bendición especial [de Dios] es evidente y, por lo tanto, el nacimiento de cada hijo se considera correctamente como el efecto de la visitación divina. —*Martín Lutero*

LA HERENCIA DEL SEÑOR

Thomas Manton (1620-1677)

*“Los hijos son una herencia del Señor,
los frutos del vientre son una recompensa” (Salmo 127:3 NVI¹).*

Nuestro texto presenta a los hijos como una *bendición* y en él vemos dos cosas: (1) El autor del cual proceden los hijos: El Señor. (2) En qué recibimos esta bendición: (1) En calidad de “herencia” y (2) como “su recompensa”.

La palabra *herencia* es, a menudo, un hebraísmo que significa “la porción del hombre”, sea buena o mala. Es usada en un sentido *malo* en Job 20:29: “Ésta es la porción que Dios prepara al hombre impío, y la heredad que Dios le señala por su palabra”. En un sentido *bueno* tenemos a Isaías 54:17: “Ésta es la herencia de los siervos de Jehová”. *Recompensa* se usa en el sentido de un regalo que se recibe por una promesa o en relación con la obediencia porque una promesa incluye implícitamente un contrato: Si nosotros hacemos esto y aquello, Dios hará esto y aquello por nosotros.

DOCTRINA: *Es una bendición que recibimos de Dios –y así debemos considerarlo– el que tengamos hijos nacidos de nuestras entrañas.* No es sólo un regalo sin más, aunque así lo considera el impío, sino que es una *bendición*, una de las misericordias temporales² del Pacto: “Bienaventurado todo aquel que teme a Jehová, que anda en sus caminos” (Sal. 128:1). Una de las bendiciones es el versículo 3: “Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa”. Ésta es parte de nuestra porción y herencia. Los santos así lo reconocieron: “¿Quiénes son éstos? Y él respondió: Son los niños que Dios ha dado a tu siervo” (Gn. 33:5). Jacob habla como un padre, como un padre piadoso. Eran dádivas recibidas por la *gracia* de Dios. Como padre, reconocía que eran regalos de Dios, lo cual implica que eran de pura gracia.

¹ **NVI**, siglas de la Nueva Versión Internacional – El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere algo de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no coincidimos con la NVI ni la recomendamos, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al original hebreo y al inglés de la KJV.

² **Temporal** – Perteneciente a la vida presente, a diferencia de una existencia futura.

Podemos llegar a esta misma conclusión por la historia de Job. Compare 1:2-3 con 1:18-19. Observe que cuando cuenta sus bendiciones, primero menciona a sus numerosos hijos, antes que a sus grandes posesiones. La parte principal de la riqueza y prosperidad del hombre *son sus hijos*, las más preciadas bendiciones externas... Observe también, en los versículos 18 y 19, que la pérdida de sus hijos es presentada como la aflicción *más grande*...

1. MUCHA DE LA PROVIDENCIA DE DIOS SE MANIFIESTA EN Y ACERCA DE LOS HIJOS.

[1] **En dar la capacidad de concebir.** No es una misericordia extendida a todos. Sara la obtuvo por fe: “Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido” (He. 11:11). Aunque tener hijos es algo que sigue el curso de la naturaleza, Dios tiene un importante papel en ello. A muchos matrimonios piadosos les ha sido negado el beneficio de los hijos y necesitan otras promesas para compensar esa carencia: “Porque así dijo Jehová: A los eunucos que guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá” (Is. 56:4-5).

[2] **En dar forma al hijo en el vientre.** No lo dan los padres, sino Dios. Los padres no pueden decir si será varón o hembra, hermoso o deforme³. No conocen el número de venas y arterias, huesos y músculos. “Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien. No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas” (Sal. 139:13-16).

[3] **En dar fuerza para dar a luz.** Los paganos tenían una diosa que presidía sobre esta obra. No obstante, la providencia de Dios alcanza aun a los animales. “La voz del Señor hace parir a las ciervas” (Sal. 29:9 LBLA⁴). Y hay una promesa para los que le temen: “Pero se salvará

³ La ciencia moderna ha hecho posible conocer el sexo y la salud de nuestros bebés antes de su nacimiento.

⁴ **LBLA**, siglas de La Biblia de las Américas – El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere algo de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no coincidimos con la LBLA ni

engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia” (1 Ti. 2:15). Debe ser entendido, como todas promesas lo son, con la excepción de su voluntad. Pero esto es lo que deducimos: Es una bendición que cae bajo el cuidado de su Providencia y, que por ser promesa, se cumplirá hasta cuando Dios lo quiera. Raquel murió en este trance, no toda mujer piadosa tiene este destino. También lo tuvo la esposa de Finees (1 S. 4:20). Dios puede haber ejercido esta prerrogativa contra usted, haciendo o permitiendo que pierda la vida. Si el parto no fuera tan común, sería considerado milagroso. Los sufrimientos y los dolores de la tribulación son un monumento al desagrado de Dios: “A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti” (Gn. 3:16). Para preservar una vasija débil que corre gran peligro, los dolores de las mujeres son peores que los de las hembras de otras especies. Y para el hijo, su sentencia de muerte es detenida mientras está naciendo.

[4] Las circunstancias del nacimiento. En todo nacimiento hay circunstancias nuevas que iluminan nuestros pensamientos necios para que pensemos en las obras de Dios, quien da variedad a sus obras, no sea que nos empalaguemos porque todo es siempre lo mismo.

2. LOS HIJOS SON UNA GRAN BENDICIÓN EN SÍ MISMOS Y CUÁNTOS MÁS SON, MAYOR ES LA BENDICIÓN. Por lo tanto, deben ser reconocidos y enaltecidos como *bendiciones*. Por cierto, Dios nos muestra un favor más especial en nuestras relaciones que en nuestras posesiones: “La casa y las riquezas son herencia de los padres; mas de Jehová la mujer prudente” (Pr. 19:14). Lo mismo se aplica a los hijos. Por ellos, el progenitor se perpetúa y se multiplica; son parte de él mismo y vive en ellos cuando él ha partido. Es una sombra de la eternidad; por lo tanto, las pertenencias externas de la vida no son tan valiosas como lo son los hijos. Además, estos llevan impresa en ellos la imagen de Dios. Cuando nosotros hayamos partido, por ellos, el mundo seguirá reabasteciéndose, la Iglesia seguirá multiplicándose, los seres humanos seguirán existiendo con el fin de conocer, amar y servir a Dios. Leemos que [la Sabiduría dice]: “Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres” (Pr. 8:31). En la parte habitable de la tierra hay grandes ballenas, pero los hombres eran la delicia de Cristo. Especialmente, para los comprometidos con Dios —*padres y madres de familia en un pacto con Dios*— los hijos son una bendición más grande. David era uno de ellos. Leemos: “Tus hijos y tus hijas que

la recomendamos, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al original hebreo y al inglés de la KJV.

habías dado a luz para mí” (Ez. 16:20). Estos son, en el mejor sentido, una herencia del Señor. Fue dicho: “Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra” (Gn. 6:12). [Sem] engendró hijos e hijas para Dios: “También le nacieron hijos a Sem, padre de todos los hijos de Heber, y hermano mayor de Jafet” (Gn. 10:21).

Dios ha implantado en los padres amor por sus hijos: Él mismo tiene un Hijo, sabe cuánto lo ama y lo ama por su santidad. “Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (He. 1:9). Muchas veces es condescendiente con los padres buenos. Les brinda [el privilegio de tener] hijos piadosos. Para el pastor, aquellos que por él se convierten a Dios son su gloria, su gozo y su corona para regocijarse en el día del Señor (cf. 1 Ts. 2:19-20). Los que han venido al mundo por nuestro medio; si están en el pacto de gracia, son para nosotros una bendición más grande que verlos llegar a ser reyes del mundo...

APLICACIÓN 1: Es reprobable la actitud de aquellos que no están agradecidos por los hijos, los resienten y los consideran una carga cuando Dios los bendice dándoles muchos. Se quejan de lo que en sí es un favor. Cuando [no] los tenemos, los valoramos; cuando tenemos muchos hijos desconfiamos de ellos y nos quejamos. En Israel, ser padre era considerado un *honor*. ¡Por cierto que aquellos que temen a Dios no debieran contar una felicidad como una carga! “Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa. He aquí que así será bendecido el hombre que teme a Jehová” (Sal. 128:3-4).

APLICACIÓN 2: Son dignos de reproche los que no reconocen y enaltecen este favor. No cabe duda de que los padres debieran reconocer a Dios en *cada* hijo que les da. Gran parte de su Providencia se manifiesta en dar y no dar hijos. Encontramos con mucha frecuencia en las Escrituras, cantos de agradecimiento en estas ocasiones. Es una de las cosas en las que Dios quiere que su bondad sea reconocida con alabanzas solemnes. Por *cada* hijo ¡Dios debiera recibir una nueva honra de los padres!... ¡Oh! ¡Será una gran felicidad ser padres de los que serán herederos de la gloria! Así como los hijos deben ser considerados como una gran bendición, también deben serlo como una gran responsabilidad que, según se maneje, puede producir mucho gozo o mucho dolor. Si los padres los consienten demasiado, los convierten en ídolos, no en siervos del Señor, si descuidan su educación o si los contaminan con su ejemplo, resultarán serles cruces y maldiciones.

APLICACIÓN 3: Es importante exhortar a los padres a que eduquen a sus hijos para Dios. Porque si son una herencia *del* Señor, tienen que ser una herencia *para* el Señor. Entrégueselos de vuelta a él, pues de él los recibió, porque todo lo que viene de él tiene que ser mejorado para él. Dedíquelos a Dios, edúquelos para Dios⁵ y él tomará posesión de ellos a su debido tiempo. Ahora bien, si su dedicación es correcta, se verá involucrado en una educación seria. Dios trata con nosotros como lo hizo la hija de faraón con la madre de Moisés, a la cual dijo: “Lleva a este niño y críamelo, y yo te lo pagaré. Y la mujer tomó al niño y lo crió” (Éx. 2:9).

MOTIVOS: 1. El encargo expreso de Dios a los padres de familia es: “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Ef. 6:4). “Las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes” (Dt. 6:7)... Debemos tomar conciencia de estos mandatos ahora porque hemos de rendir cuentas a Dios [en el Día del Juicio].

2. El ejemplo de los santos, que han sido cuidadosos en cumplir con esta responsabilidad. Dios lo espera de Abraham: “Porque yo sé que mandaré a sus hijos y a su casa después de mí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él” (Gn. 18:19)... No hay duda de que son indignos de tener hijos los que no se ocupan de que Cristo se interese por ellos.

3. La importancia de esta responsabilidad. Aparte de la predicación de la Palabra, la educación de los hijos es una de las obligaciones más grandes en el mundo porque el servicio a Cristo, a la Iglesia y al estado dependen de ello. La familia es el seminario de la Iglesia y la nación. La fe cristiana surgió primero allí [en la familia] y es allí donde el diablo procura aplastarla...

4. Para contraatacar a Satanás, que siempre ha envidiado la multiplicación de iglesias y el avance del reino de Cristo. [Él] por lo tanto, procura destruir el embrión, tratando de pervertir a las personas cuando aún son jóvenes, maleables como arcilla, cuando puede darles la forma e impresión que quiera. Así como Faraón quiso destruir a los israelitas matando a sus infantes, Satanás, que detesta en gran manera al reino de Cristo, sabe que no hay una manera mejor de socavarla y vencerla que pervertir a los jóvenes y suplantar los deberes familiares. Sabe que esto es un golpe de raíz. Por lo tanto, ¡cuánta diligencia deben ejercer los padres de familia para inculcar en sus hijos los principios

⁵ Esto significa instruirlos en la fe, especialmente en la adoración como familia.

santos a fin de que puedan vencer al Maligno con la Palabra de Dios morando en ellos!

Tomado de “Sermon upon Psalm CXXVII.3” (Sermón sobre el Salmo 127:3) en *The Works of Thomas Manton* (Las obras de Thomas Manton), Tomo 18, Solid Ground Christian Books, usado con permiso, www.solid-ground-books.com.

Thomas Manton (1620-1677): Predicador puritano no conformista, nacido en Lawrence-Lydiat, condado de Somerset, Inglaterra.



AMOR Y CUIDADO DEL NIÑO

J. R. Miller (1840-1912)

Dios nos ha creado de manera que, en el amor y cuidado de nuestros propios hijos, se manifiesten los mejores rasgos de nuestra naturaleza. Muchas de las lecciones más profundas y valiosas que jamás aprendemos, las leemos en las páginas del desarrollo del niño. Comprendemos mejor los sentimientos y afectos que tiene Dios por nosotros cuando nos inclinamos sobre nuestro propio hijo y vemos en nuestra paternidad humana una imagen tenue de la Paternidad divina. No hay nada que nos conmueva tanto como tener en nuestros brazos a nuestros propios bebés. Verlos tan indefensos apela a cada principio noble en nuestro corazón. Su inocencia ejerce sobre nosotros un poder purificador. El hecho de pensar en nuestra responsabilidad por ellos exalta cada facultad de nuestra alma. El cuidado mismo que requieren, nos trae bendiciones. Cuando llega la vejez, muy solitario es el hogar que no tiene hijo o hija que regresa con gratitud para brindar cuidados amorosos dando alegría y tranquilidad a los padres en sus últimos años!

El matrimonio se renueva cuando llega al hogar el primogénito. Inspira a los casados a vivir en una intimidad que nunca habían conocido. Toca las cuerdas de sus corazones que habían permanecido silenciosas hasta ese momento. Exterioriza cualidades que nunca habían ejercido antes. Aparecen atractivos insospechados del carácter. La joven de risa fácil y despreocupada de un año atrás se transforma en una mujer seria y reflexiva. El joven inmaduro e inestable se convierte en un hombre

con fuerza varonil y de carácter maduro cuando contempla el rostro de su propio hijo y lo toma en sus brazos. Aparecen nuevas metas ante los jóvenes padres; comienzan a surgir nuevos impulsos en su corazón. La vida de pronto cobra un significado nuevo y más profundo. Vislumbrar el misterio solemne que les ha sido develado los hace madurar. Tener entre sus manos una carga nueva y sagrada, una vida inmortal para ser guiada y educada por ellos, los hace conscientes de su responsabilidad lo cual los torna reflexivos. El yo, ya no es lo principal. Hay una nueva motivación por la cual vivir, un sujeto tan grande que llena sus vidas e involucra sus más grandes capacidades. Es solo cuando llegan los hijos que la vida se hace realidad, que los padres comienzan a aprender a vivir. Hablamos de instruir a nuestros hijos, pero primero nos instruyen ellos a nosotros enseñándonos muchas lecciones sagradas, despertando en nosotros muchos dones y posibilidades desconocidas, y sacando a luz muchas gracias escondidas y transformando nuestras características caprichosas hasta moldearlas en un carácter fuerte y armonioso...

Nuestros hogares serían muy fríos y lóbregos sin nuestros hijos. A veces nos cansamos de sus ruidos. Sin duda exigen mucho cuidado y nos causan mucha preocupación. Nos dan muchísimo trabajo. Cuando son pequeños, muchas son las noches cuando interrumpen nuestro sueño con sus cólicos y su dentición; y cuando son más grandes, muchas veces nos destrozan el corazón con sus rebeldías. Cuando los tenemos, mejor es que nos despedamos de vivir para nosotros mismos y de toda tranquilidad personal e independencia, si es que vamos a cumplir con fidelidad nuestra obligación de padres de familia.

Hay algunos que, por lo tanto, consideran la llegada de los hijos como una desgracia. Hablan de ellos superficialmente como “responsabilidades”. Los consideran como obstáculos para sus diversiones. No ven en ellos ninguna bendición. Pero demuestra un gran egoísmo el que piensa de los hijos de esta manera. Los hijos traen bendiciones del cielo cuando llegan y las siguen siendo mientras viven.

Cuando llegan los hijos, ¿qué vamos a hacer con ellos? ¿Cuáles son nuestros deberes como padres? ¿Cómo debemos cumplir nuestra responsabilidad? ¿Cuál es la parte de los padres en el hogar y la vida familiar? Es imposible exagerar la importancia de estas preguntas... Es grandioso tomar estas vidas jóvenes y tiernas, ricas en posibilidades de hermosura, de gozo y de dones. Sin embargo, debemos ser conscientes de que todo este potencial puede ser destrozado, si somos irresponsables en su formación, su educación y en el desarrollo de su carácter. En esto es en lo que hay que pensar al formar un hogar. Tiene que ser un

hogar en el cual los hijos maduran para vivir una vida noble y auténtica, para Dios y para el cielo.

La respuesta principal radica en los padres. Son ellos los que edifican el hogar. De ellos recibe el hijo su carácter, para bien o para mal. El hijo será precisamente lo que los padres hagan de él. Si es feliz, ellos habrán sido los autores de su felicidad. Si es infeliz, la culpa es de ellos. Su humor, su ambiente, su espíritu y su influencia surgen de ellos. Tienen en sus manos lo que será el hogar y Dios les hace responsables por él.

Esta responsabilidad es de *ambos* padres. Algunos varones parecen olvidar que les corresponde una parte de la carga y de los deberes del hogar. Se lo dejan todo a la madre. Sin ningún interés activo en el bienestar de sus hijos, van y vienen como si fueran poco más que inquilinos en su propia casa. Se justifican de su negligencia poniendo como pretexto las demandas de su trabajo. Pero, ¿dónde está el trabajo tan importante que pueda justificar el abandono de los deberes sagrados que el hombre debe a su propia familia? No puede haber ninguna ocupación que tenga el hombre que lo justifique ante el tribunal de Dios por haber abandonado el cuidado de su propio hogar y la educación de sus propios hijos. Ningún éxito en ningún sector laboral de este mundo podría expiar su fracaso en esto. No hay ninguna fortuna almacenada de este mundo que pueda compensar al hombre por la pérdida de esas joyas incomparables: *Sus propios hijos*.

En la parábola del profeta, éste le dijo al rey: “Y mientras tu siervo estaba ocupado en una y en otra cosa, el hombre desapareció” (1 R. 20:40). Que no sea la única defensa que algunos padres tengan para ofrecer cuando comparecen ante Dios sin sus hijos: “Como yo estaba ocupado en esto y aquello, mis hijos se fueron”. Los hombres están ocupados en sus asuntos del mundo, ocupados en cumplir sus planes y ambiciones, ocupados en acumular dinero para tener una fortuna, en buscar los honores del mundo y ser reconocidos. Mientras están ocupados en su búsqueda de conocimiento, sus hijos crecen y cuando los padres se vuelven para ver si les va bien, ya no están. Entonces intentan con toda seriedad recobrarlos, pero sus esfuerzos tardíos de nada valen. Es demasiado tarde para hacer ese trabajo de bendición para ellos que hubiera sido tan fácil en sus primeros años. El libro del Dr. Geikie, titulado *Life* (Vida)¹, comienza con estas palabras: “Dios da algunas cosas con frecuencia, otras las da sólo una vez. Las estaciones del año se suceden continuamente y las flores cambian con los meses, pero la juventud no se repite en nadie”. La niñez viene sólo *una* vez con sus

¹ Cunningham Geike, *Life: A Book for Young Men* (La vida: Un libro para hombres jóvenes).

oportunidades. Lo que se quiera hacer para sellarla con belleza debe hacerse con rapidez.

Entonces, no importa lo capaz, lo sabia, lo dedicada que sea la madre, el hecho de que ella cumpla bien su obligación no libra al padre de *ninguna* parte de su responsabilidad. Los deberes no pueden ser transferidos. La fidelidad de otro no puede justificar o expiar mi *infidelidad*. Además, es incorrecto y de poca hombría que un hombre fuerte y capaz, que pretende ser el vaso más fuerte, responsabilice a la mujer, a quien llama vaso más frágil, de los deberes que le pertenecen sólo a él. En cierto sentido, la madre es la verdadera ama de casa. En sus manos está la tierna vida para darle sus primeras impresiones. Ella es quien más se involucra en toda su educación y cultura. Su espíritu es el que determina el ambiente del hogar. No obstante, desde el principio hasta el final de las Escrituras, la Ley de Dios designa al *padre* cabeza de la familia y, como tal, le transfiere la responsabilidad del bienestar de su hogar, la educación de sus hijos y el cuidado de todos los intereses sagrados de su familia.

Los papás deben tener conciencia de que ocupan un lugar en el desarrollo de la vida de sus propios hogares, además de proveer el alimento y la ropa, y pagar los impuestos y los gastos. Le deben a sus hogares las mejores influencias de su vida. Sean cuales fueren los otros deberes que los presionan, siempre deben encontrar el tiempo para trazar planes para el bienestar de sus propias familias. El centro de la vida de cada hombre debiera ser su hogar. En lugar de ser para él meramente una pensión donde come y duerme, y desde donde emprende su trabajo cada mañana, debiera ser un lugar donde su corazón está anclado, donde están cifradas sus esperanzas, a donde se vuelven sus pensamientos mil veces al día, la razón de sus labores y esfuerzos y al cual aporta siempre las cosas más ricas y mejores de su vida. Debiera tener conciencia de que es responsable por el carácter y la influencia de su vida de hogar, y que si no hace lo que debiera hacer, la culpa estará sobre *su* alma... Aun en esta época cristiana, los hombres —hombres que profesan ser seguidores de Cristo y creen en la superioridad de la vida misma por sobre todas las cosas— piensan infinitamente más y se preocupan más por criar el ganado, atender las cosechas y hacer prosperar sus negocios, que en instruir a sus hijos. Algo debe quedar fuera de cada vida seria y ocupada. Nadie puede hacer todo lo que le viene a la mano para hacer. Pero es un error fatal que un padre deje de lado los deberes que le corresponde cumplir en su hogar. Más bien debiera tenerlos en primer lugar. Es mejor descuidar cualquier otra cosa que los hijos; inclusive, la obra religiosa en el reino de Cristo, en general, no debe interferir con los asuntos del reino de Cristo en su hogar. A nadie se le

requiere, por sus votos y su consagración, cuidar las viñas de otros con tanta fidelidad que no pueda cuidar la propia. Que un hombre sea un pastor devoto o un diligente oficial de la iglesia no justificará el hecho de que sea *un padre de familia infiel...*

Es necesario decir algo acerca de la instrucción de los hijos. Hay que recordar que el objetivo del hogar es el desarrollo de las niñas y los niños hasta la madurez. La obra de instruir les corresponde al padre y a la madre y es intransferible. Es un deber sumamente delicado del cual un alma reflexiva se acobardaría con sobrecogimiento y temor si no fuera por la seguridad de la ayuda divina. Sin embargo, hay muchos padres que no se detienen a pensar en la responsabilidad que tienen cuando se agrega un hijito a su hogar.

Mírelo por un momento. ¿Qué puede haber tan débil, tan indefenso, tan dependiente como un recién nacido? Pero mire también hacia el futuro y vea el tiempo de vida que le espera a este débil infante, aun hasta la eternidad. Piense en el enorme potencial en este cuerpo indefenso y en las posibilidades que tiene su futuro. ¿Quién puede decir qué habilidades encierran esos deditos, qué elocuencia o canto latente hay en esos pequeños labios, qué facultades intelectuales hay en ese cerebro, qué capacidad de amor o compasión tiene ese corazón? El padre y la madre deben tomar a este infante y criarlo hasta la madurez para desarrollar estas capacidades latentes y enseñarle a usarlas. Es decir, Dios quiere un adulto capacitado para cumplir una gran misión en el mundo y la vida pone en las manos de progenitores jóvenes a un infante pequeño, y les manda guiarlo y enseñarle a serle útil hasta estar preparado para su misión o, al menos, estar exclusivamente a cargo de sus primeros años cuando se graban las primeras impresiones que moldearán y darán forma a toda su carrera. Cuando miramos a un pequeño y recordamos todo esto, ¡cuánta dignidad tiene la tarea de cuidarlo! ¿Da Dios a los ángeles alguna obra más grandiosa que ésta?

Las mujeres suspiran por querer fama. Les gustaría ser escultoras para labrar la roca fría hasta darle una hermosura que el mundo admire por su habilidad. O les gustaría ser poetas, para escribir cantos que encantaran a la nación y se entonaran alrededor del mundo. Pero, ¿es alguna obra de mármol tan grande como la de aquella que tiene una vida inmortal en sus manos para darle forma a su destino? ¿Es la escritura de algún poema en una línea musical una obra tan noble como la instrucción que convierte las capacidades de un alma humana en pura armonía? No obstante, hay mujeres que consideran los cuidados y preocupaciones de la maternidad como tareas demasiado insignificantes y comunes para sus manos. Cuando llega un hijo, emplean a una niñera, quien por una compensación semanal, acuerda hacerse cargo

del pequeñito para que la madre pueda estar libre de esa carga y dedicarse a cosas que considera más distinguidas y valiosas.

¿Será demasiado fuerte la siguiente acusación? “Para librarse de la carga que es su pequeñito, una madre se valdrá de los oficios de la niñera que le resulte más fácil conseguir, le pasará a esta empleada, a esta extraña ignorante, el deber de nutrir el alma que Dios ha puesto en sus manos. La madre ha nutrido su cuerpecito hasta nacer, ahora cualquiera sirve para nutrir su alma. Al hacer esto, la madre ha dejado en manos de esta empleada lo que es su propia responsabilidad, lo ha puesto bajo su constante influencia, lo ha dejado sujeto a la sutil impresión de su espíritu, a grabar en su ser interior la vida, sea cual fuera, de esta alma inculta. La niñera despierta sus primeros pensamientos, aviva sus primeras emociones, da comienzo a la delicada acción de las motivaciones sobre la voluntad —generalmente estar en tales manos implica el uso de una fuerza combinada de intimidación y soborno. Estar bajo el supuesto cuidado de la niñera incluye intensos temores e intensas exigencias— ella forma sus tendencias, de ella aprende a jugar y de ella aprende a vivir. Así la joven madre queda en libertad para vestirse y salir, visitar y recibir, disfrutar de los bailes y las óperas, icumpliendo su responsabilidad de una vida inmortal por medio de una representante! ¿Existe en esta época deshonrosa, algo más deshonroso que esto? Nuestras mujeres abarrotan las iglesias con el fin de recibir la inspiración de la fe cristiana para cumplir sus obligaciones cotidianas, y luego reniegan de la principal de las fidelidades, *la más solemne de todas las responsabilidades...*”².

¡Oh, que Dios quiera darle a cada madre una visión de la gloria y esplendor de la obra que le ha encomendado cuando pone en su regazo a un infante para alimentar y enseñar! Si pudiera siquiera vislumbrar tenuemente el futuro de esa vida hasta la eternidad; si tuviera esa visión podría ver dentro de su alma sus posibilidades, podría comprender su propia responsabilidad personal de la educación de este hijo, del desarrollo de su vida, de su destino, vería que en todo el mundo de Dios, no existe otra obra más noble y digna de sus mejores capacidades y no entregaría a otras manos la responsabilidad sagrada y santa que a ella le es dada...

Lo que queremos hacer con nuestros hijos no es sólo controlarlos y que tengan buenos modales, sino implantar principios verdaderos en lo profundo de su corazón, valores que rijan toda su vida, que formen su

² Richard H. Newton, *Motherhood: Lectures on Woman's Work in the World* (Maternidad: Conferencias sobre el papel de la mujer en el mundo) (New York: G. P. Putnam's Sons, 1894), 140-141.

carácter desde adentro hasta llegar a tener una hermosura semejante a la de Cristo y hacer de ellos hombres y mujeres nobles, fuertes para la batalla y fieles en el cumplimiento de su deber. Deben ser instruidos, más bien que gobernados. La formación del carácter, no meramente la buena conducta, es el objetivo de toda dirección y enseñanza del hogar...

Cuando un pequeñito en los brazos de su madre es amado, nutrido, acariciado, y cuando lo acuna cerca de su corazón, ora por él, llora por él, habla con él durante días, semanas, meses y años no es ilusorio decir que la vida de la madre ha pasado al alma del hijo. Lo que el niño llega a ser es determinado por lo que es la madre. Los primeros años establecen lo que será su carácter y estos años son los de la madre.

Oh madre de hijos pequeños, me inclino ante usted con reverencia. Su obra es muy sagrada. Está determinando el destino de un alma inmortal. Las capacidades latentes en el pequeñito que acunó en su regazo anoche son capacidades que existirán para siempre. Lo está preparando para su destino e influencia inmortal. Sea fiel. Asuma su encargo sagrado con reverencia. Asegúrese de que su corazón sea puro y que su vida sea dulce y limpia. La fábula persa dice que el trozo de arcilla era fragante porque había estado encima de una rosa. Sea su vida como la rosa y entonces, su hijo absorberá su fragancia en sus brazos. Si no hay aroma en la rosa, la arcilla no será perfumada.

En la historia humana abundan las ilustraciones del poder de la influencia de los padres. Dicha influencia ilumina o apaga la vida del hijo hasta el final. Es una bendición que hace que cada día sea mejor y más feliz, o es una maldición que deja ruina y sufrimiento a cada paso. Miles han sido librados de ir por mal camino gracias a los recuerdos santos de su hogar feliz y piadoso, o se han perdido por su pésima influencia. No existen lazos más fuertes que las cuerdas que un verdadero hogar tiende alrededor del corazón.

Cuando pienso en lo sagrado y la magnitud de la responsabilidad de los padres, no comprendo cómo un padre o madre pueda mirar y pensar en el pequeñito que les ha sido dado y considerar su obligación por él sin sentirse impulsados a acudir a Dios y, por el propio peso de la carga que llevan, clamar a él pidiendo ayuda y sabiduría. Cuando un hombre impenitente se inclina sobre la cuna de su primer nacido, cuando comienza a comprender que aquí hay un alma que tiene que instruir, enseñar, moldear y guiar por este mundo hasta llegar el tribunal del Dios, ¿cómo puede seguir apartado de Dios? Pregúntese, al inclinarse sobre la cuna de su hijo y besar sus dulces labios: “¿Soy consecuente con mi hijo mientras descarto a Dios de mi propia vida? ¿Soy

capaz de cumplir yo solo esta solemne responsabilidad de ser padre, en mi debilidad humana, sin ayuda divina?”. No entiendo cómo puede haber algún padre que pueda hacerle frente a estas preguntas con sinceridad cuando contempla a su criatura inocente e indefensa, que le ha sido dada para cobijar, guardar y guiar, y no caer de rodillas al instante y entregarse a Dios.

Tomado de *Homemaking* (Manejo del hogar), The Vision Forum, usado con permiso

J. R. Miller (1840-1912): Pastor presbiteriano y dotado escritor, superintendente de la Junta Presbiteriana de Publicaciones, nacido en Frankfort Spring, PA, EE.UU.



Dios determina el número y el nombre de los hijos de cada persona. —*Thomas Boston*

SE SALVARÁ ENGENDRANDO HIJOS

Stephen Charnock (1628-1680)

“Pero será preservada, mediante la procreación, si permanecen con modestia en la fe, el amor y la santificación” (1 Timoteo 2:15 BT3¹).

La caída del hombre fue el fruto de la primera doctrina acerca de la mujer y, por lo tanto, ya no se le permite enseñar (1 Ti. 2:12). La mujer fue engañada por la serpiente y llevó a su marido y a toda su posteridad a la ruina (1 Ti. 2:13-14)... Y porque, por la declaración del Apóstol, algunos pueden sentirse desalentados por el papel que tuvo la mujer en la primera caída y en el castigo que han recibido por ello, el Apóstol presenta un “pero” para su consuelo.

A pesar de la culpabilidad [de Eva] en su caída y su castigo al engendrar hijos, tiene el mismo derecho a la salvación que el hombre.

¹ (BT3, siglas de la Biblia Textual, tercera edición) El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere algo de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no coincidimos con la BT3 ni la recomendamos, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al original griego y al inglés de la KJV.

Entonces, anticipadamente, el Apóstol contesta aquí a una objeción que pudiera haber en cuanto a que si la culpa de la mujer y el castigo recibido impediría su salvación eterna. El Apóstol responde: “No”. Aunque Eva fue primera en desobedecer y el dolor de engendrar hijos fue el castigo de aquel primer pecado, la mujer puede lograr la salvación eterna a pesar de ese dolor, *si* tiene esas gracias que son necesarias para todos los cristianos. Aunque el castigo permanece, la mujer creyente se encuentra dentro del pacto de gracia² y bajo las alas del Mediador³ de ese pacto si tiene fe (*la condición del pacto*), la cual obra por amor y es acompañada de santidad y renovación del corazón.

Observe: Dios tiene medios de gracia para alentar el corazón de los creyentes que sufren, en los casos cuando las aflicciones son suficientes como para desalentarlos. El Apóstol hace alusión a esa maldición de la mujer: “A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos” (Gn. 3:16). El castigo se aplica a la mujer casada, además de ese castigo que le era común con el hombre.

Los dolores en tus preñeces: La palabra *preñez* se refiere al tiempo de embarazo en la matriz. Incluye, no sólo esos dolores en el momento del parto, sino todas esas indisposiciones precursoras, como náuseas, dolores de cabeza, antojos irregulares y esos otros síntomas que acompañan al embarazo. Aunque este dolor parece ser natural por la constitución del cuerpo, no obstante, dado que algunas criaturas dan a luz con poco o sin nada de dolor⁴, con la mujer es diferente porque todo dolor, que es un castigo por el pecado, hubiera sido raro en un cuerpo sin pecado e inmortal.

Consideremos las palabras [individualmente]:

Preservada: Puede referirse a la salvación del alma o a la preservación de la mujer en el parto. Lo primero, supongo, es la intención principal porque el Apóstol aquí, significaría algún consuelo especial a la mujer bajo esa maldición.

Pero la preservación de la mujer en la preñez era algo común, como lo testifica la experiencia diaria de las mujeres, así la peor como la mejor. El cristianismo no pone a sus profesantes en un estado peor en

² **Pacto de gracia** – El cumplimiento a su tiempo del propósito eterno de Dios de redención en Cristo, en el que Dios promete vida eterna a sus escogidos por los méritos de Cristo por gracia, por medio de la fe.

³ **Mediador** – Un intermediario: “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el mediador entre Dios y el hombre; profeta, sacerdote y rey; cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que, a su tiempo, lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara”. (Confesión Bautista de Fe de 1689 8.1).

⁴ Aristóteles (384-322 a. de J.C.), *The History of Animals* (Historia de los animales), I.vii.c.ix.

aquellas cosas que dependen inmediatamente de Dios... pero puede incluir una preservación temporal. Porque cuando el Señor promete una salvación eterna, promete también una salvación temporal, en acorde con la sabiduría de Dios en su Providencia. Existe en todas las promesas como ésta, una excepción tácita, o sea que si Dios la considera buena para nosotros y también la manera de preservarnos, esta preservación del creyente difiere de la de una persona no regenerada. Otros son preservados por Dios, como Creador y Soberano misericordioso, por medio de una providencia generalizada para la conservación del mundo, pero los creyentes son preservados de una manera distinta de acuerdo con las promesas y los pactos, en el ejercicio de la fe y por el amor especial del Señor como su Padre tierno y su Dios. En el caso de los creyentes, su preservación se basa en la relación de pacto del Padre con ellos a través de Cristo.

Mediante la procreación. En el original se usa la expresión: *dia teknonogonias*⁵, “mediante la procreación”. La expresión “mediante” a menudo se entiende como queriendo decir *en*, como en Romanos 4:11: “para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados” o sea que “no creen en la circuncisión”, donde hace notar el estado en el que estarán al ser salvos. De la misma manera, denota aquí, no la *causa* de la salvación de la mujer, sino el *estado* en que será salva. En suma, significa que el castigo infligido a la mujer por su primer pecado no será quitado en esta vida; no obstante, hay un camino de salvación seguro por fe incluso [a pesar de que pase] a través de este castigo porque al decir “mediante la procreación” no significa simplemente engendrar hijos, sino engendrarlos de la manera como Dios amenazó [en Gn. 3:16]: con dolores.

Si permanecen: No se refiere a los niños, como algunos se imaginan debido al cambio del singular al plural. En ese caso significaría: Ella será preservada, si los hijos permanecen en la fe, etc. Sería absurdo pensar que la salvación de la madre depende de la fe y la gracia de los hijos. La experiencia nos enseña que a veces los hijos de una mujer piadosa pueden resultar tan malvados como el mismo infierno! En cambio, el plural significa la mujer, en su expresión genérica para referirse a todas las mujeres. Por eso pasa al número plural. El Apóstol pasa del número singular al plural, en el versículo 9: “Asimismo que las mujeres se atavien” y vuelve al singular en el versículo 11. Las gracias incluidas aquí como condiciones son *fe*, *amor*, *santificación* y *modestia*, que el Apóstol parece presentar como lo opuesto a las primeras causas o a los ingredientes del descarrío: (1) *Fe* en oposición a incredulidad en el precepto de

⁵ Διά τεκνογονίας.

Dios y el castigo correspondiente (Gn. 2:16-17). (2) *Amor* en oposición al desamor por Dios, como si Dios fuera su enemigo y ordenara algo que impide su felicidad, por lo que surgen desconfianza hacia Dios y un alejamiento moral de él. (3) *Santificación*. En oposición a esto está la suciedad y la contaminación traída al alma como consecuencia de aquel primer descarrío. Por lo tanto, tiene que haber en ella un propósito y esfuerzo por restaurar aquella primera integridad y pureza perdidas. (4) *Modestia* o un sentido de moralidad porque entregarle las riendas a las emociones y obedecer a sus instintos fue la causa de la caída (Gn. 3:6). La mujer vio que la fruta era agradable a los ojos. El pecado original es llamado inmoralidad, concupiscencia y lascivia, y esto es lo opuesto a la modestia⁶.

1. Fe: Se menciona en primer lugar porque es una gracia fundamental. Es el vehículo del amor porque obra por medio de ella; la raíz de la santificación porque por fe es purificado el corazón. Fe significa principalmente gracia de fe: (1) fe habitual y (2) fe en el ejercicio de ella.

2. Amor: El primer pecado fue una enemistad contra Dios; ahora, por lo tanto, es necesario que haya amor por Dios. El primer pecado fue virtualmente una enemistad de toda la posteridad del hombre que saldría de sus entrañas; por lo tanto, amar a la humanidad es necesario, y la fe siempre da por hecho amor a Dios y al hombre.

3. Santificación. Se agrega aquí porque por ella, tanto la verdad de la fe como del amor, se nos aparecen a nosotros y a otros y, por ende, la justificación por fe es ratificada (Stg. 2:24). Santificación no quiere decir aquí una santidad y castidad particular debidas al lecho matrimonial, como afirman algunos papistas, sino una santidad universal del corazón y la vida.

4. Modestia: En el sentido de moralidad, es un medio natural de preservación. Por la inmoralidad, las enfermedades corporales son más peligrosas. La verdadera fe va acompañada por temperancia y moralidad en todo comportamiento relacionado con los bienes y relaciones temporales...

Observaciones: (1) El *castigo* de la mujer: “engendrando hijos”. (2) El *consuelo* de la mujer: “se salvará”. (3) La *condición* de la salvación: “si permaneciere”, lo cual implica una exhortación a continuar siendo fiel, etc.

Doctrina: Podríamos hacer muchas observaciones. (1) Los dolores de parto son un castigo infligido a la mujer por el pecado original. (2) La prolongación de este castigo después de la redención de Cristo no impide la salvación de la mujer, siempre que estén presentes los requisi-

⁶ **Modestia** – Sobriedad, dominio propio.

tos del evangelio. (3) El ejercicio de la fe, con otras gracias cristianas, es una manera única de preservar a los creyentes bajo la mano justiciera de Dios.

Resumiré las observaciones en ésta: *La prolongación del castigo impuesto a la mujer por el primer pecado no impide su salvación eterna, ni su preservación en tener hijos, donde se dan las condiciones de la fe y de las otras gracias...* Este versículo es un mensaje de consuelo escrito sólo para la mujer embarazada⁷. ¡Aprópiase de este derecho por fe! ¡Cuánto consuelo hay aquí para pasar de la amenaza a la promesa, de Dios como *juez* a Dios como *Padre*, de Dios *airado* a Dios *pacificado* en Cristo!... Mientras Dios sea fiel en acreditarse la promesa, usted nunca puede estar bajo maldición si tiene fe. En la parte material del castigo, no hay diferencia entre el creyente y el incrédulo. Jacob sufrió por la hambruna al igual que el cananeo; pero Jacob era partícipe del pacto y tenía a Dios en el cielo y a José en Egipto para preservarlo. Dios trata cada sufrimiento en todos por medio de su Providencia y, en el creyente, por un amor particular. Inclusive, ordena las contiendas que tiene con sus criaturas, de tal manera que el espíritu de ellas no desfallezca ante él (Is. 57:16).

Tomado de “A Discourse for the Comfort of Child-Bearing Women” (Un discurso para consuelo de las mujeres embarazadas) en *The Complete Works of Stephen Charnock* (Las obras completas de Stephen Charnock), Tomo 5.
The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.

Stephen Charnock (1628-1680): Pastor, teólogo y autor puritano presbiteriano inglés. Nacido en St. Katherine Cree, Londres, Inglaterra.



⁷ Referirse a la mujer embarazada es también apropiado porque representa el cumplimiento del papel doméstico en el hogar a diferencia del hombre... Seleccionar el embarazo es otra indicación de que el argumento es transcultural porque el embarazo no se limita a una cultura en particular, sino como una diferencia permanente y constante entre hombre y mujer. El hecho de que Dios ha ordenado que las mujeres y sólo las mujeres den a luz, indica que las diferencias entre el rol del hombre y el de la mujer **data**n desde la creación... Una indicación de que la mujer está cumpliendo su rol correcto es el que no se niegue a engendrar hijos por considerarlo impío, sino que lo haga porque es el rol que le corresponde... Pablo no está afirmando en 1 Timoteo 2:15 que la mujer merece la salvación porque engendra hijos y hace buenas obras. Ya ha aclarado que la salvación es por gracia, por la misericordia de Dios... Opino que es correcto entender las virtudes aquí descritas como evidencias de que la salvación ya recibida es auténtica. Las buenas obras del cristiano, por supuesto, no son la base definitiva de la salvación, porque la base definitiva de la salvación es la justicia de Cristo que nos es dada. (Thomas Schreiner, *Women in the Church* [Las mujeres en la Iglesia], 118-119)

CUATRO GRACIAS NECESARIAS

Richard Adams (1626-1698)

“Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia” (1 Timoteo 2:15).

El Apóstol menciona en este versículo, cuatro gracias necesarias y relevantes para la perseverancia o continuidad de la promesa de salvación a la mujer con hijos: “fe, amor, santificación y modestia”.¹ Tales gracias son apoyo *contra* y *en* sus dolores de parto, a saber:

“**FE**”— que interpreto, incluye claramente lo que es divino y moral, o cristiano y conyugal.

1. **Una fe divina, la cual es “preciosa y para preservación del alma”** (2 P. 1:1; He. 10:39), es una gracia del Espíritu Santo por la que el corazón iluminado, unido a Cristo, lo recibe y se entrega a él como Mediador y siendo así “una virgen pura a Cristo” (2 Co. 11:2), dependiendo enteramente de él. Por esta fe, la buena esposa, habiendo recibido al Hijo de Dios, quien es también Hijo del hombre, nacido de mujer, debe vivir en sujeción a Cristo, su Cabeza espiritual. Entonces, aunque sus dolores sean muchos, sus agonías vertiginosas y agudas, puede confiar que todo le irá bien, sea ya por dar a luz sin novedad, al fruto de su vientre, como “herencia de Jehová”, por su amor gratuito (Sal. 127:3), o siendo que su alma sea salva eternamente, como parte del pacto con el Dios todopoderoso (Gn. 17:1-7).

Fue ésta la fe que practicaban las mujeres piadosas que daban a luz, mencionadas en la historia de la genealogía de nuestro Salvador (Mt. 1:1-17). Se requiere el ejercicio continuo [de esta fe] de cada mujer cristiana consagrada, a fin de que viva por esta fe en medio de los dolores que pueden terminar en la muerte² porque por este principio recibirá el mejor apoyo y derivará virtud de su Salvador para endulzar la copa amarga y recibir fuerza para mantenerla cuando sienta “angustia como de primeriza” (Jer. 4:31), como lo hizo Sara, el ejemplo destacado de la mujer piadosa en estas circunstancias. Acerca de ella, dice la Palabra: “Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó

¹ [Nota del editor]: Debido a lo largo y a la verbosidad del original, este artículo ha sido editado más de lo acostumbrado. En otros artículos, los cambios editoriales son intencionalmente evidentes, pero por la gran cantidad en este escrito, han sido omitidos para facilitar su lectura.

² La muerte durante el alumbramiento era común en la época cuando esto fue escrito.

que era fiel quien lo había prometido” (He. 11:11). Perseverar en vivir por fe en la providencia y promesa de Dios, aviva el espíritu caído de la mujer que, sin esa fe, es débil y temerosa en medio de la buena obra de traer un hijo al mundo. Aunque el peligro inminente de la madre y el hijo puede acobardar aun a la mujer buena cuando sufre dolores de parto, “por fe” puede conseguir alivio por la fidelidad de Aquel que promete, como lo hizo Sara o por este mensaje positivo que él ha consignado en mi texto.

En consecuencia, la mujer recta, aunque frágil, puede entregarse a Dios “plenamente convencida” con [Abraham] “el padre de la fe” de que el Señor “era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Ro. 4:21) en el momento preciso que él determine que es el mejor. Por lo tanto, en su humilde posición, la esposa piadosa que vive por fe, superando la naturaleza, cuando “lamenta y extiende sus manos” y lanza sus dolorosos gemidos ante el Todopoderoso (Jer. 4:31), concluye: “Jehová es; haga lo que bien le pareciere” (1 S. 3:18; 2 S. 15:26; Lc. 22:42). Si le parece mejor a él llevarse a la madre y a su bebé, puede ella decir: “He aquí, yo y los hijos que me dio Jehová”, como dice el profeta por otra circunstancia (Is. 8:18). Pone su confianza en aquella gran promesa de que la Simiente de la mujer herirá a la serpiente en la cabeza (Gn. 3:15). Por eso se consuela ella sabiendo que las consecuencias de la mordedura de la serpiente fueron anuladas por Aquel que nació de una mujer. Si ha estado antes en esta condición, puede decir: “La tribulación produce paciencia y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza” (Ro. 5:3-4). Entonces por fe, puede concluir: “Porque has sido mi socorro, y así en la sombra de tus alas me regocijaré” (Sal. 63:7). Esta fe salvadora, que demostraré más adelante, presupone e implica arrepentimiento y se expresa por medio de la meditación y la oración.

(1) [*Esta fe*] *presupone e implica arrepentimiento*. La cual, por una auténtica conciencia de pecado y necesidad de apropiarse de la misericordia de Dios en Cristo; hace realidad lo que predice el profeta: “Y os aborreceréis a vosotros mismos a causa de todos vuestros pecados que cometisteis; y os avergonzaréis de vosotros mismos por vuestras iniquidades y por vuestras abominaciones” (Ez. 20:43; 36:31). Ésta es una decisión muy apropiada para la mujer que engendra hijos, que está preocupada sobre todo por dar “frutos dignos de arrepentimiento” (Mt. 3:8), a fin de que Dios la reciba por gracia cuando de todo corazón se aparta del pecado, acude a él y confía en él.

(2) *La fe salvadora se expresa generalmente*—en aquellas mujeres que están realmente unidas a Cristo y en quienes él mora— *por medio de la meditación y oración*. Estas son también indispensables para sostener a

las embarazadas al ir acercándose a los dolores que le fueron asignados. (i) *La fe se expresa en la meditación*. Llevar el alma a contemplar lo que Dios hace (como cera ablandada y preparada para el sello), ablanda el corazón para que se impriman sobre él cualesquiera marcas o firmas sagradas. Además, (ii) *La fe se ejercita por medio de la oración a Dios*, pues es la manifestación de fe en Dios por medio de Cristo en cuyo nombre sin igual, el cristiano eleva su corazón a él para recibir alivio de todos sus problemas. Cuando el corazón de la mujer sufre gravemente y los terrores de la muerte caen sobre ella (cf. Sal. 55:4), su fe preciosa debe emitir con fervor sus pedidos más necesarios y afectuosos a Aquel que ha dado libremente a su Apóstol la palabra precisa de apoyo que contiene mi texto. [Cristo] puede salvar eternamente, entregar eficazmente y guardar en perfecta paz a todo el que a él acude y en él permanece en medio de aquella buena obra que le ha asignado. La próxima gracia requerida aquí en mi texto es:

“CARIDAD” O “AMOR”. Interpreto que el amor, al igual como lo hice con la fe, se trata aquí de amor a *Cristo* y a *su marido*.

1. [Sin duda], **toda esposa cristiana debe amar al Señor Jesucristo**. Tiene que amar a Cristo *en Él mismo* y su fe en él debe ser una “obra por el amor” (Gá. 5:6). Debe dar la primacía de su afecto a Cristo mismo. Está obligada, sobre todo, a amar al Señor Jesucristo, su Esposo espiritual, con todo su ser y su corazón. Sea éste el desvelo principal de la esposa cristiana, de modo que pueda decir con razón que Cristo es de ella y ella es de él (Cnt. 2:16). Ahora bien, si la buena esposa tiene a Cristo presente con ella en todos sus dolores —*como lo tienen todos los que lo aman con un amor firme en todas sus aflicciones*— tiene todo, teniéndolo a él, quien “manda salvación a Jacob” (Sal. 44:4) y “bendición” (Lv. 25:21).

2. Además de Cristo, la buena esposa tiene que amar más que a nadie a su propio esposo y esto, “entrañablemente, de corazón puro” (1 Co. 7:2; Tit. 2:4; 1 P. 1:22). Sí y nunca debe tener pensamientos negativos acerca de él, a quien una vez creyó digno de ser su esposo. Donde este amor *conyugal* es consecuente con el amor *cristiano* anterior, todo será fácil. Así fue con Mrs. Wilkinson, “una esposa sumamente cariñosa, cuya paciencia era admirable en medio de los terribles dolores que sufría en la [concepción] y en dar a luz a sus hijos. Decía: ‘No le temo a ningún dolor. Me temo a mí misma, no sea que por impaciencia diga alguna palabra impropia’”. “Es un estado bendito”, dijo el teólogo antiguo quien la citó, “cuando el dolor parece liviano y el pecado pesado”.

“SANTIDAD”— que interpreto, como a la fe y el amor, desde lo *cristiano* y *conyugal*, a lo más *general* y *especial*.

1. **Está la santidad que se considera más generalmente**, como una gracia universal, que es congruente con una cristiana como tal, forjada por el Espíritu en la nueva criatura por la paz lograda por Cristo. [Por esto] —en el alma cambiada a su semejanza— hay una permanencia, por gracia, en un estado de aceptación con Dios y también un esfuerzo por ser santo como él es santo, en cada partícula de su [comportamiento], tanto hacia Dios como hacia el hombre, en público y en privado. Al igual que como todo cristiano debe vivir su salvación en la “santificación del Espíritu” (2 Ts. 2:13; 1 P. 1:2) y “en paz con todos” por medio de Cristo (He. 12:14; 13:12), la esposa cristiana en gestación se preocupa seriamente de la buena obra que tiene como fruto “la santificación” (Ro. 6:22), hasta donde pueda al producir el fruto de su vientre.

2. **La santidad puede considerarse en un sentido más especial como conyugal y singularmente apropiada al estado matrimonial**, siendo ésta un ejercicio más particular de santidad cristiana en el matrimonio. [Aunque] esto concierne a todos (tanto al esposo como la esposa) en esa relación, la mujer que espera un hijo está obligada a vivir “en santidad y honor” (1 Ts. 4:4-5), es decir, en una forma especial de limpieza y castidad conyugal que es lo opuesto a la “concupiscencia” o la apariencia de ella. [Entonces] no debe haber, hasta donde sea posible, ninguna apariencia o mancha de impureza en el lecho matrimonial; para que haya una simiente santa y que se mantenga ella pura de cualquier sombra de lascivia.

“**MODESTIA**” —así llamamos nosotros a esa gracia. Otros la llaman “temperancia”, otros “sobriedad”, otros “castidad”. Y, en general, “la palabra parece significar aquel hábito gentil que se manifiesta en la madre de familia como una propensión a ser prudente, seria y moderada”³ ... ya que esto parece expresar lo que quiere decir el Apóstol y, por ende, interpreto esto, como en el caso de las gracias anteriores, en un sentido *general* al igual que *específico*.

1. **En un sentido general** como cristiana, “todo aquel que invoca el nombre de Cristo” tiene por tanto que “apartarse de iniquidad” (2 Ti. 2:19). Por ende, la esposa cristiana y la que espera un hijo, se preocupa por ser sobria y modesta, lo cual limpia la mente de (conflictos) y ordena los afectos de manera que sean aceptables a Dios.

2. **En un sentido específico**, la gracia conyugal especial de temperancia y modestia debe ser practicada por la mujer embarazada con sobriedad, castidad y [gentileza], en lo que atañe a sus afectos y sentidos,

(1) **Con modestia** —debe controlar sus pasiones y afectos.

³ Aparentemente una cita de Teodoro Beza, fuente desconocida.

(2) *Con temperancia* —debe moderar sus sentidos, especialmente controlar bien los del gusto y tacto. (i) *Sobriedad* —que se aplica más estrictamente a moderación de su apetito y sentido de gusto, para desear lo que es conveniente y evitar el descontrol... La mujer (embarazada) tiene como gran preocupación cuidar su seguridad y la del hijo que espera... Las mujeres en gestación quienes “se visten del Señor Jesucristo y no proveen para los deseos de la carne” (Ro. 13:14) deben comer y beber para su salud, no para consentir sus gustos. (ii) *Castidad* —se refiere a la esposa cristiana que evita cualquier sugerencia ni participa en ninguna [conversación] que pueda poner en riesgo su contrato matrimonial o que la lleve a cometer un [acto] incongruente con el estado “honroso” en que se encuentra, o el uso indebido de “el lecho sin mancha” (He. 13:4).

En la práctica de esto y con las gracias enunciadas anteriormente, la esposa buena, habiendo aprendido bien la lección de negarse a sí misma, puede llevar su carga confiando humildemente en las ayudas de lo Alto a la hora de sus dolores de parto y estar segura de que tendrá el mejor de los resultados. Porque, con estas cualidades, tiene, por las preciosas promesas en mi texto, una base segura de ser objeto de una excepción grata de la maldición de dar a luz y de la liberación de aquella culpa original que, de otra manera, agrava los dolores de la mujer en estos casos.

Tomado de “How May Child-Bearing Women Be Most Encouraged and Supported against, in, and under the Hazard of Their Travail?” (“¿Cómo se puede apoyar mejor a las mujeres en gestación contra, en y bajo el peligro de su tribulación?”) en *Puritan Sermons* (Sermones puritanos)
Tomo 2, Richard Owen Roberts, Publishers,
www.rorbooks.com.

Richard Adams (c. 1626-1698): Pastor inglés presbiteriano; nacido en Worrall, Inglaterra.



SARA DIO A LUZ POR FE

A.W. Pink (1886-1952)

“Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido” (Hebreos 11:11).

Fue “por la fe” que Sara “recibió fuerza” y fue también por la fe que después “dio a luz” a un hijo. Lo que aquí se sugiere es la constancia y perseverancia de su fe. No hubo aborto, ni natural ni provocado; ella confió en Dios hasta el fin. Esto nos trae a un tema del que poco se escribe en estos días: El deber y privilegio de la mujer cristiana de contar con Dios para tener un resultado seguro en el trance más difícil y crítico de su vida. La fe no es para ser practicada sólo en los actos de adoración, sino también en las ocupaciones comunes de nuestras actividades diarias. Hemos de comer y beber por fe, trabajar y dormir por fe; y la esposa cristiana debe traer al mundo a su hijo por fe. El peligro es grande y si hay un caso extremo que necesite fe, mucho más donde la vida misma está involucrada. Trataré de condensar algunos comentarios provechosos del puritano Manton¹.

Primero, tenemos que ser sensibles a qué *necesidad* tenemos de poner en práctica la fe en este caso, para que no corramos al peligro con los ojos vendados; y si escapamos, que no pensemos que fue por pura casualidad. Raquel murió en esta condición, igualmente la esposa de Finees (1 S. 4:19-20); existe un gran peligro, entonces hay que ser conscientes de ello. Cuánta más dificultad y peligro haya, más oportunidad hay para demostrar fe (cf. 2 Cr. 20:12; 2 Co. 1:9). *Segundo*, porque los dolores de parto son un monumento al odio de Dios por el pecado (Gn. 3:16), con más razón hay que procurar con mayor fervor un interés en Cristo, a fin de contar con el remedio contra el pecado. *Tercero*, meditar en la promesa de 1 Timoteo 2:15, que se cumple eterna o temporalmente según Dios quiera. *Cuarto*, le fe que uno debe practicar tiene que glorificar su poder y someterse a su voluntad. Lo siguiente expresa el tipo de fe que es correcto para todos los favores temporales: “Señor, si tú quieres, puedes salvarme”; esto es suficiente para librar al corazón de mucha tribulación y temor desconcertante.

“Y dio a luz”. Como hemos destacado en el párrafo anterior, esta cláusula fue agregada para mostrar la fe continua de Sara y la bendi-

¹ **Thomas Manton** (1620-1677) – Predicador puritano inconformista.

ción de Dios sobre ella. La fe auténtica, no sólo se apropia de su promesa, sino que sigue confiando en la misma hasta que aquello que cree, de hecho, se convierte en realidad. El principio de esto está enunciado en Hebreos 3:14 y Hebreos 10:36. “Retengamos firme”, “hasta el fin nuestra confianza del principio”. Es en este punto que muchos fracasan. Se esfuerzan por apropiarse de una promesa divina, pero durante el periodo de prueba, la pierden. Por eso es que Cristo dijo en Mateo 21:21: “si tuviereis fe, y no dudareis”, etc. “no dudareis”, no sólo en el momento de reclamar la promesa, sino durante el tiempo en que se espera su cumplimiento. Por eso también a “Fíate de Jehová de todo tu corazón”, se le agrega “Y no te apoyes en tu propia prudencia” (Pr. 3:5).

“Aun fuera del tiempo de la edad”. Esta cláusula es agregada para enfatizar el milagro que Dios, en su gracia, realizó en respuesta a la fe de Sara. Ensalza la gloria de su poder. Fue escrita para alentarnos. Nos muestra que ninguna dificultad ni obstáculo debe causar que dejemos de creer en la promesa. Dios no se circunscribe al orden de la naturaleza, ni está limitado por ninguna causa secundaria. Revoluciona la naturaleza antes que faltar a su palabra. Hizo brotar agua de una roca, que el hierro flotara (2 R. 6:6) y sustentó a un pueblo de dos millones en un desierto inhóspito. Estas cosas debieran motivar al cristiano a esperar en Dios con una seguridad plena, aun en las peores emergencias. Efectivamente, entre más difíciles sean los obstáculos que enfrentamos, más debiera aumentar nuestra fe. El corazón confiado dice: “Es esta una ocasión apropiada para tener fe; ahora que todas las corrientes humanas se han agotado tengo una oportunidad magnífica para contar con que Dios mostrará su fuerza por mí. ¡Qué hay que él no [pueda] hacer! Hizo que una mujer de noventa años tuviera un hijo —algo muy contrario a la naturaleza— por lo que puedo esperar con seguridad que él hará maravillas también por mí”.

“Porque creyó que era fiel quien lo había prometido”. ¡Aquí está el secreto de toda la cuestión! Aquí estaba la base de la confianza de Sara, el fundamento de su fe. No miraba las promesas de Dios a través de la bruma de obstáculos que se interponían, sino que veía las dificultades y los problemas a través de la clara luz de las promesas de Dios. El acto que aquí se adjudica a Sara es que “creyó” o consideró, acreditó y estimó, que Dios era fiel. Estaba segura de que él cumpliría su palabra sobre la cual cifraba su esperanza. Dios había hablado, Sara había escuchado. A pesar de que todo parecía indicar que era imposible que la promesa se cumpliera en su caso, ella creyó firmemente. Lutero² bien

² **Martín Lutero** (1483-1546) – Líder alemán de la Reforma Protestante.

dijo: “Si va a confiar usted en Dios, tiene que aprender a crucificar la pregunta ‘¿Cómo?’. “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Ts. 5:24): Esto es suficiente para que crea el corazón; la fe le dejará confiadamente al Omnisciente que él determine *cómo* cumplirá la promesa.

“Porque creyó que era fiel quien lo había prometido”. Notemos con cuidado que la fe de Sara sobrepasaba la promesa. Mientras que ella pensaba en *el objeto* prometido, le parecía totalmente increíble, pero cuando dejaba de pensar en todas las causas secundarias y pensaba en Dios mismo, las dificultades ya no la perturbaban: Su corazón estaba seguro en Dios. Sabía que podía depender de él: Él es “fiel”: incapaz, dispuesto y seguro de cumplir su Palabra! Sara elevaba su mirada a la promesa del Prometedor y, cuando lo hacía, toda duda desaparecía. Confiaba plenamente en la inmutabilidad³ de Aquel que no puede mentir, sabiendo que cuando se incluye la veracidad divina, la omnipotencia cumple. Es por las meditaciones creyendo en el carácter de Dios que la fe se alimenta y refuerza para esperar la bendición, a pesar de todas las dificultades aparentes y las supuestas imposibilidades. Es la contemplación en las perfecciones de Dios lo que hace que la fe triunfe. Como esto es de tanta importancia vital y práctica, dediquemos otro párrafo a profundizar el tema.

Fijar nuestra mente en las *cosas* prometidas, tener la expectativa segura de disfrutarlas, sin confiar primero en la veracidad, inmutabilidad y omnipotencia de Dios, no es más que engañarnos a nosotros mismos. Como bien dijo John Owen⁴: “El objeto formal de la fe en las promesas divinas, no es enfocar en primer lugar a las cosas prometidas, *sino a Dios mismo* en su excelencia esencial de veracidad o fidelidad y poder”. No obstante, las perfecciones divinas en sí, no obran la fe en nosotros, sino que según el corazón reflexione con fe en los atributos divinos es que “juzgaremos” o llegaremos a la conclusión de que es fiel el que prometió. Es el hombre cuya mente permanece en Dios mismo el que es guardado en “perfecta paz” (Is. 26:3). Es decir, el que reflexiona con gozo en quién y qué es Dios, el que será guardado de dudar y flaquear mientras espera el cumplimiento de la promesa. Tal como fue con Sara es con nosotros, cada promesa de Dios contiene tácitamente esta consideración: “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Gn. 18:14)...

³ **Inmutabilidad** – “El atributo de Dios por el cual no puede cambiar ni ser cambiado en su esencia ni en sus perfecciones”, Alan Cairns, *Dictionary of Theological Terms*, rev. ed. (Diccionario de términos teológicos, 224) [Es traducción para esta obra.]

⁴ **John Owen** (1616-1683), *An Exposition of the Epistle to the Hebrews* (Una exposición de la epístola a los Hebreos) tomo 7, ed. W. H. Goold (Edinburgh: The Banner of Truth Trust), 79.

Dejemos que nuestro pensamiento final sea sobre la rica recompensa de Dios a Sara por su fe. La palabra: “porque” con que comienza el versículo 12, destaca la consecuente bendición de que ella haya confiado en la fidelidad de Dios en vista de las peores imposibilidades naturales. De su fe nació Isaac y, de él, en última instancia, Cristo mismo. Y esto está consignado para nuestra instrucción. ¿Quién puede estimar los frutos de la fe? ¡Quién puede calcular cuántas vidas se verán afectadas para bien, aun en generaciones todavía por venir, gracias a la fe de usted y la mía hoy! Oh, cuánto debiera este pensamiento conmovernos para clamar con más intensidad: “Señor, aumenta nuestra fe” para alabanza de la gloria de su gracia. Amén.

Tomado de *Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras)

A.W. Pink (1886-1852): Pastor, profesor itinerante de la Biblia, autor de *Studies in the Scriptures* y numerosos libros; nacido en Nottingham, Inglaterra.



Padre muy misericordioso, quien con justicia sentenciaste a la mujer, quien fue la primera en cometer una transgresión, a grandes y múltiples dolores, y particularmente dolores al traer hijos al mundo; no obstante la preservaste y diste alivio, para la propagación de la humanidad. Sé misericordioso de ésta tu sierva, permanece cerca de ella con tu pronto auxilio en el tiempo de tribulación cuando te necesita y, aunque con dolores, dale fuerzas para dar a luz. Habiéndolo hecho, que ya no recuerde su angustia, por el gozo de ver que un hijo ha nacido en el mundo. Bendícela en el fruto de su cuerpo y, habiendo pasado su trance y estando ya a salvo, que ella te dé sus vehementes gracias y se consagre a servirte ahora y el resto de su vida, en nombre de Jesucristo nuestro Salvador. Amén. —*Richard Baxter*

En nuestra época, el matrimonio ha sido despojado del prestigio y honor que merece y el verdadero conocimiento de la Palabra y ordenanza de Dios ha desaparecido. Entre los padres este conocimiento era puro y correcto. Por esta razón, valoraban altamente el procrear hijos. —*Martín Lutero*

Es inhumano e impío despreciar a los hijos. Los santos padres reconocían que una esposa que podía tener hijos era una bendición especial de Dios y, por el contrario, consideraban a la esterilidad como una maldición. Basaban este juicio en la Palabra de Dios, en Génesis 1:28 donde el Señor dijo: “Fructificad y multiplicaos”. De esto, consideraban a los hijos como un regalo de Dios. —*Martín Lutero*

EL MEJOR APOYO A LA MATERNIDAD

Richard Adams (1626-1698)

La aplicación de esta observación o sea, que la perseverancia en las gracias y obligaciones cristianas y conyugales es el mejor apoyo a la mujer contra, en y bajo sus dolores de parto, puede servir para enseñar brevemente cómo cuidarla y qué consuelo brindarle.

AQUEL QUE YA TIENE UNA ESPOSA DEBE TENER ESPECIAL CUIDADO, justamente por esta razón, debe cumplir sus obligaciones como buen y fiel esposo de su esposa que espera un hijo, a saber:

Primero: *“Vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo”* (1 P. 3:7). Sí, y estar diariamente con ella, tanto con su consejo cristiano como conducta santa, para que su esposa se dedique más y más a la práctica constante de estas gracias y obligaciones a fin de que sus dolores sean santificados y pueda ver la salvación de Dios en su concepción y en su alumbramiento. Y si el gran Dios santo determina, en su sabiduría, que es mejor llevársela en el momento de dar a luz, que aprenda a someterse a su voluntad e ir a su descanso, satisfecha de haber dado evidencia del bienestar eterno de su alma.

Segundo: *Esforzarse, en lo posible, cumplir la función de buen marido, cristiano y tierno hacia a su compañera más querida en una condición tan dolorosa.* Tiene que identificarse con los dolores antes, durante y después del parto que su estado incluye, los cuales, él mismo, nunca puede sentir por experiencia. Le corresponde, por el bien de su esposa buena y piadosa, que se “vista como escogido de Dios, santo y amado, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia, etc.” (Col. 3:12). Debería cumplir lo mejor posible, todos los deberes de su relación conyugal, brindándole, no sólo lo que necesita, sino también lo que la ayude a estar más cómoda. [El esposo debe satisfacer] sus antojos y la necesidad de aliento de su esposa querida que sufre y que puede deprimirse por el miedo a los dolores que le esperan. Busque también el apoyo de pastores fieles y amigos piadosos para que oren intercediendo a Dios por ella. Y si Dios escucha las oraciones,

Tercero: *Estar profundamente agradecido a Dios por el alivio seguro de su buena esposa de los dolores y peligros de traer un hijo al mundo.* Cuando el

esposo cariñoso realmente se ha preocupado por las enfermedades, los dolores, las agonías y quejidos de su querida esposa durante su [embarazo] y por el hecho de que le dará un hijo con ayuda de lo Alto, nada puede ser más obligatorio para él que adorar y estar agradecido a Dios, quien ha causado una separación confortable entre ella y el fruto de su vientre, como [respuesta] a las oraciones y ha venido en su ayuda al escuchar sus quejidos... El esposo cristiano —habiendo visto a su esposa amada poniendo en práctica las gracias de las que he estado hablando, pasar por el peligro de dar a luz y ser preservada admirablemente por el poder de Dios y su bondad— tiene la obligación de agradecer de todo corazón a Dios quien cumplió su promesa, que les dio esperanza y tal muestra de misericordia... Así pues, brevemente, he enfocado el tema del cuidado del hombre casado en lo que respecta a su esposa en las condiciones mencionadas. Además, esta doctrina enseña,

UNA LECCIÓN A LA MUJER SOBRE LO QUE DEBE CUIDAR. Considere... *Si ya es casada, y esto “en el Señor”,* quien la creó y le dio el poder de concebir, lo que le corresponde, como sierva fiel del Señor,

Primero: *Seguir la práctica constante de estas gracias.* Indudablemente, usted que ha sido bendecida como instrumento de la propagación de la humanidad —cuando se entera de que ha concebido y espera un hijo— se preocupa en gran manera por prepararse para el nacimiento. Un trabajo importante en el que, por lo general, se ocupará es preparar la ropa de cama donde dará a luz y no la voy a desalentar, sino más bien alentar, que tome todos los pasos necesarios para tener todo listo para usted y su bebé... Debe darse el lujo de preparar el nido donde deberán acostarse usted y su infante (Lc. 9:58). Pero la modestia y moderación de la cual ha oído, no le permitirá gastar en preparativos superfluos que excedan sus posibilidades económicas, cuando los pobres pastores y miembros de Cristo por todas partes, dependen de su caridad. ¡Oh, le ruego, buena mujer cristiana, que su cuidado principal sea... estar ataviada del verdaderamente espiritual “lino fino limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos”! (Ap. 19:7-8). Esto, esto es lo principal: “Fe, amor, santidad, con modestia” con las que se manifiesta la verdadera prudencia cristiana... Y si Dios ya le ha dado una prueba fehaciente de cumplir la promesa de mi texto [1 Timoteo 2:15] asegurándole salvación temporal, le corresponde tener cuidado de:

Segundo: *Hacer un registro de las [experiencias] que le ha dado al cumplir su palabra con usted en particular.* ¿Le ha quitado Dios sus temores, secado sus lágrimas y escuchado sus oraciones? Grabe las memorias de su bondad y fidelidad en las tablas de su corazón. Tenemos el gran ejemplo de nuestro amado Señor y Maestro, Jesucristo, quien cuando

estaba muy triste por Lázaro a quien “amaba”: “lloró”, presentando su pedido a Dios en su favor. [Éste] fue contestado por gracia. Entonces, con gran devoción de corazón, “alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído” (Jn. 11:3, 35, 38, 41). Que cada madre noble y agradecida, a quien Dios ha calmado los dolores y librado de los peligros de dar a luz, imprima un recuerdo agradecido de tal señal de misericordia con letras indelebles en su mente: “Porque ha mirado la bajeza de su sierva” (Lc. 1:48). Cuando me encontraba yo en una agonía y agotada por los dolores constantes, tú estuviste conmigo y con mi bebé. Sí, nos ayudaste admirablemente, haciendo que el niño pasara los obstáculos sin problemas, manteniéndonos a los dos con vida. Sí, y puede ser que cuando nuestros amigos pensaban con tristeza que mi criatura no vería la luz del día y que yo, junto con él, cerraría mis ojos para siempre, habiendo ya perdido la esperanza de lograr que naciera, tú encontraste una manera de que ambos siguiéramos con vida” (cf. 1 Co. 10:13) ...Al igual que Pablo cuando tuvo conciencia de la gran misericordia demostrada en su liberación, por favores sin medida, “dio gracias a Dios y cobró aliento” (Hch. 28:15), cada madre feliz tiene que agradecer a Dios y ser valiente al enfrentar el futuro... Debe compartir su inusual [experiencia] para animar a otras... Porque bien dijo el escritor trágico griego: “Bueno es que una mujer esté a mano para ayudar a otra cuando da a luz”¹.

Vemos pues, que esta doctrina enseña a hombres y a mujeres los cuidados necesarios en esta circunstancia. También brinda *consuelo*, tanto a la buena esposa misma, como a su marido.

(1) *A la esposa buena misma que tiene las cualidades que he descrito*, pero que en un momento de tentación podría estar agotada por su pesada carga, desesperándose por temor a los dolores intensos o por el terrible temor de morir en el trance que la espera. Permanecer constantemente fiel a las gracias y los deberes ya mencionados es una base segura para mantener su esperanza que superará los dolores de dar a luz, los cuales, está segura, no serán en absoluto un obstáculo para su bienestar eterno... El Apóstol incluye mi texto como un antídoto contra la desesperanza y para alegrar a la mujer temerosa y desconfiada. Son palabras para cada mujer desalentada y debiera llevarla, junto con Sara, a creer “que era fiel quien lo había prometido” (He. 11:11)... Dios no le dará más sufrimiento del que pueda soportar y le dará fuerzas para sobrellevar sus dolores de parto. [Él] encontrará la manera de sacarla adelante, ya sea por un alivio grato y santificado aquí, o un traslado bendito al cielo para cosechar en gozo lo que fue sembrado con lágrimas y estas

¹ Eurípides (480-c. 406 a. de J.C.) [Es traducción para esta obra.]

[son] sólo temporales, mientras los gozos son eternos. Además, da consuelo,

(2) *Al marido de la esposa buena*, o sea la que continúa en las gracias y deberes antes y durante su embarazo... Cuando lo único que puede hacer el marido es comprender y compadecerse de su esposa en sus dolores, anímese con la confianza humilde de que —*el aguijón del castigo ha sido quitado*— las alegrías de su esposa aumentarán por los dolores que sufre. Dios la librárá y oirá sus oraciones, y ella lo glorificará (Jn. 16:21; Sal. 50:15). Y si, después de oraciones y lágrimas, su esposa amada muere en medio de los dolores del alumbramiento, aunque esto sea una cruz pesada e hiriente en sí, puede obtener consuelo del hijo que le ha nacido porque esto es, por cierto, el mejor de los consuelos, dar vida en la muerte... El marido piadoso y la esposa bondadosa que está trayendo un hijo al mundo, confíen en Dios humildemente para recibir un apoyo santificado en el momento que más necesitan la ayuda divina. Entonces, la sierva del Señor puede confiar humildemente que recibirá ayuda en su tribulación para ser madre y, a su tiempo, aun una liberación temporal (suponiendo que esto es lo mejor para ella) de esos dolores y peligros. Sea su consuelo la promesa llena de gracia del Señor dada por medio del profeta... “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Is. 41:10).

Tomado de “¿Cómo se puede apoyar mejor a las mujeres en gestación contra, en y bajo el peligro de su tribulación?”.



Cuando usted nació, su nacimiento no fue un acontecimiento secreto, ni fue una invención humana. Su nacimiento fue una obra de Dios.

—Martín Lutero

CUANDO DIOS NO DA HIJOS

Thomas Jacombe (1623-1687)

*“Pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación”
(Filipenses 4:11).*

iCuánta ansiedad de espíritu sufren algunos matrimonios porque no tienen hijos! Tienen muchas otras cosas positivas en su vida, pero no tener descendientes amarga todo lo demás. Abraham mismo sufría por esta razón: “Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?... Mira que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa” (Gn. 15:2-3). La pasión de Raquel era aún más intensa: “Dame hijos”, le dijo a su marido, “o si no, me muero” (Gn. 30:1). Los hijos son una bendición muy grande, son prometidos como tales en el Salmo 128:3-4 y en otros pasajes. Efectivamente, son una de las flores más dulces que crecen en el jardín de las dichas terrenales. Por eso, es difícil para algunos conformarse con no tenerlos. Pero sea quien sea usted que sufre esto, le ruego que de cualquier manera procure lograr contentamiento. Para lograrlo, considere:

(1) *Es el Señor quien niega este favor.* Porque lo da o no lo da según le parece bien. La Providencia no se hace más evidente en ninguna esfera humana que en esta de los hijos, si habrá muchos o pocos, algunos o ninguno, todo depende de la voluntad de Dios. Cuando Raquel se mostró tan desesperada por no tener hijos, Jacob la reprendió duramente: “¿Soy yo acaso Dios, que te impidió el fruto de tu vientre?” (Gn. 30:2). “He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre” (Sal. 127:3). “Él hace habitar en familia a la estéril, que se goza en ser madre de hijos” (Sal. 113:9). Pensar seriamente en estos pasajes ¿acaso no traería paz al corazón? Cuando Dios ordena algo, ¿nos vamos a disgustar o inquietar por lo que hace? ¿Acaso no puede él derramar sus bendiciones donde le plazca? Por otro lado, si nos las da, estemos agradecidos por su bondad; si no las da, aceptemos con paciencia su soberanía.

(2) *A veces niega este favor, pero da otros mejores.* Dios no da hijos, pero se da a sí mismo, ¿no es él “mejor que diez hijos?”, como le dijo Elcana a Ana refiriéndose a él mismo. (1 S. 1:8). El Señor prometió que daría un “nombre mejor que el de hijos e hijas” (Is. 56:5). No hay razón alguna para que los que tienen ese “nombre mejor” murmuren porque les falta aquello que es peor. Aquellos que cuentan a Dios como su Pa-

dre en los cielos debieran contentarse con no tener hijos en la tierra. Si Dios no me da lo menor, pero me da lo que es mayor, ¿tengo razón para indignarme?...

(3) *A veces son retenidos por mucho tiempo, pero al final Dios los da.* Tenemos muchos ejemplos de esto. El caso nunca está perdido mientras nos mantengamos sumisos y esperemos. Quizá Dios quiera darnos ese favor, después de contentarnos con no haberlo recibido al tiempo nuestro.

(4) *Si los hijos son dados después de apartarse uno del Señor y desearlos de una manera irregular, es cuestionable si los dio como un favor.* ¡Y es de temer que en este caso, los hijos no provienen necesariamente por la misericordia de Dios! Lo que obtenemos descontentos, rara vez nos contenta. ¡Cuántos padres de familia han vivido esta verdad! No estuvieron tranquilos hasta tener hijos y después de tenerlos tampoco lo estuvieron porque estos resultaron ser tan desobedientes, testarudos e inútiles que fueron más motivo de irritación que el no haberlos tenido.

(5) *Los hijos son de gran bendición, pero las bendiciones comúnmente vienen mezcladas con dificultades.* La rosa tiene su hermosura, pero también tiene sus espinas, y lo mismo sucede con los hijos. ¡Oh, las preocupaciones, los temores e inquietudes que causan a los padres! Son preocupaciones seguras y consuelos inseguros, como dicen algunos. Vemos solo lo dulce de esta relación y eso nos inquieta; si viéramos también lo amargo, estaríamos más tranquilos.

(6) *Si hubiéramos recibido este favor cuando más lo anhelábamos y esperábamos, hay mil probabilidades contra una que hubiera dominado demasiado nuestro corazón.* ¡Y la consecuencia de eso sería fatal por muchas razones! Por lo tanto, previendo Dios esto, es por su bondad y su amor que no nos lo otorga.

Creo que considerar todas estas cosas en relación con la falta de hijos, da contentamiento al corazón.

Tomado de “How Christians May Learn in Every State to be Content” (Cómo pueden los cristianos aprender a contentarse cualquiera que sea su situación) en *Puritan Sermons*, Tomo 2, Richard Owen Roberts, Editores.

Thomas Jacombe (1623-1687): Pastor presbiteriano inglés; hombre de vida ejemplar y gran erudición; nacido en Melton Mowbray, Leicestershire, Reino Unido.



UN NIÑO NOS ES NACIDO

Thomas Boston (1676-1732)

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (Isaías 9:6).

El mundo esperó por mucho tiempo la venida de Cristo y aquí el profeta da la noticia: Aquel largamente esperado, al fin ha venido. El “niño...es nacido”. La palabra que aquí aparece como *niño* es un nombre que indica género —“un niño varón”— y es sólo un muchacho, un muchacho-niño. Tal fue nuestro Señor Jesucristo. Es un nombre dado comúnmente a los infantes del género masculino, desde que nacen y lo siguen teniendo durante sus primeros años hasta llegar a ser hombres adultos. La palabra que aparece como *nacido* significa algo más, indica mostrado o presentado nacido. Es una costumbre tan natural que siempre ha existido en el mundo: cuando un niño nace, es vestido y presentado o mostrado a los de su familia para su tranquilidad. Los hijos de Maquir fueron presentados a José, su bisabuelo, y sobre sus rodillas fueron criados (Gn. 50:23) y el hijo de Rut a Noemí (Rut 4:17).

Entonces lo que dice el profeta es: “Este niño maravilloso es presentado”, es decir, a los de su familia. ¿Y quiénes son estos? Tiene familia en el cielo: El Padre es su Padre, el Espíritu Santo es su Espíritu, los ángeles son sus siervos, pero no se refiere a estos. ¡Se refiere a *nosotros*, los hijos e hijas de Adán! Somos sus parientes pobres y a nosotros como sus parientes pobres sobre la tierra, hijos de la familia de Adán, de la cual es él la rama más alta, este Niño nacido nos es presentado para nuestro consuelo en nuestra condición inferior.

El nacimiento de Cristo era esperando. La Iglesia, su madre, (Cnt. 3:11) tuvo una temprana promesa de que vendría (Gn. 3:15). Fue en virtud de esa promesa que fue concebido y que nació. Toda la humanidad aparte de él, lo fue por otra palabra, a saber: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla” (Gn. 1:28).

Aunque María, su madre en la carne [estuvo embarazada con él por nueve meses], la Iglesia, su madre figuradamente [estuvo “embarazada” con él] desde aquel momento (Gn. 3:15) durante unos cuatro mil años. Muchas veces, ésta esperaba que ya naciera y corría el peligro de pensar que era un falso embarazo [porque] tardaba tanto. Los reyes y profetas esperaban y ansiaban que llegara el día: “Porque os digo que

muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron” (Lc. 10:24). Toda la Iglesia del Antiguo Testamento ansiaba que llegara el día de Cristo “Apresúrate, amado mío, y sé semejante al corzo, o al cervatillo, sobre las montañas de los aromas” (Cnt. 8:14).

2. Ha nacido un Salvador. La hora feliz del nacimiento largamente esperado ha llegado y el Niño ha venido al mundo. Los ángeles lo proclaman: “Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lc. 2:10-11). Los antepasados, reyes y profetas ya estaban en la tumba, murieron teniendo fe de que nacería y ¡ahora era una realidad! Realmente había nacido: Un Niñito pequeño, pero un Dios todopoderoso, un Infante, de menos de un día de nacido, pero ¡el Padre eterno! ¡Nacimiento maravilloso como el mundo nunca había visto antes, ni volverá a ver nunca!

3. Algunos han sido asignados a presentar a este Niño a amigos y familiares y todavía siguen haciéndolo. ¡Oh qué asignación tan honrosa! Más honrosa que la de presentar un príncipe de este mundo recién nacido al rey, su padre. José y María tuvieron el cargo de presentarlo al Señor (Lc. 2:22). Pero, ¿quién tiene el honor de presentárnoslo a nosotros?

(1) *El Espíritu Santo tiene el ministerio de presentárnoslo internamente.* “Pues me propuse”, dice Pablo, “no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado... y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1 Co. 2:2-4). Y por [el Espíritu] su Padre nos lo presenta a nosotros: “Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt. 16:16-17). De esta manera, es presentado a los pecadores en toda su gloria celestial, para que tengan una vista amplia de él, que es la que debe tenerse en la tierra por fe: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14).

(2) *Los ministros del evangelio tienen el cargo de presentárnoslo externamente, en los pañales de la Palabra y las [ordenanzas].* Han sido llamados a presentarlo a los pecadores creyentes: “Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Co. 11:2) y de presentar a Cristo a los pecadores para que crean en él. Vienen con el anciano Simeón, con Jesús, el

niño santo en sus brazos por medio de las palabras del evangelio (Ro. 10:6-8) y dicen, con Juan el Bautista: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Los ministros de Dios dicen como Pablo: “...Esta es la palabra de fe que predicamos” (Ro. 10:8).

¿A QUIÉN ES PRESENTADO CRISTO?

1. **Negativamente, no es presentado a los ángeles caídos.** No nació para ellos, ninguno es familiar suyo, “porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham” (He. 2:16). Su casa fue originalmente más honrosa que la casa de Adán, pero Cristo le dio un honor más elevado a la casa de Adán que a la de los ángeles. Los ángeles son sus *siervos*; los ángeles impíos sus *verdugos*, en cambio, los hombres santos son sus *hermanos*.

2. **Positivamente, es presentado a los humanos pecadores,** a cada uno y a todos ellos. A ellos va dirigido el anuncio: “He aquí el Cordero de Dios” (Jn. 1:29), etc. “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador” (Luc. 2:10-11). Primero fue presentado a los judíos [y mostrado] a Israel (Jn. 1:31); pero después a todo el mundo, a todas las naciones por igual (Mr. 16:15). De allí que desde los rincones más lejanos de la tierra, se oyen cánticos cuando se les muestra a los hombres el Cristo que nació para ellos; su gloria se manifiesta sin paralelo. En lo particular,

(1) *Es presentado a la Iglesia visible.* A todas y cada una de ellas. Es cierto que hay muchas en el mundo a las cuales no es presentado. No cuentan con su voz ni su gloria, ni lo han visto representado en su Palabra. Pero dondequiera que llega el evangelio, Cristo es presentado a cada persona como el que vino a nacer para ellos... Es cierto que corporalmente está ahora en el cielo, pero espiritualmente hablando, está en su Palabra y en las ordenanzas, presentadas a pecadores, y vistas por fe, aunque la mayoría no lo verá.

(2) *Es presentado eficazmente a todos los escogidos.* Cristo es revelado en ellos (Gá. 1:15-16). Entonces, creen en él, y lo mismo se aplica a todos, sea como fuere que otros lo juzguen. “Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hch. 13:48). Todos son como fue Pablo en un sentido: Escogidos para ver al Justo y verlo con ojos espirituales los impulsa a desprenderse de todo para comprar el campo, el tesoro y la perla...

¿CÓMO ES PRESENTADO CRISTO? Es presentado,

1. **En la predicación del evangelio.** “¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?” (Gá. 3:1). A quien quiera que le llegue el evangelio, Cristo le es presentado como se

expresa en las palabras del evangelio, para ser discernidas por fe. “Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos” (Ro. 10:8).

2. En la administración de las [ordenanzas]. Así como en la Palabra, Cristo es presentado a los oídos, en las [ordenanzas] es presentado a los ojos. En las ordenanzas, hay una representación viva de Cristo, sangrando y muriendo en la cruz por los pecadores. “Esto es mi cuerpo” (Mt. 26:26). Aunque no está corporalmente presente en las [ordenanzas], lo está de hecho y espiritualmente en la fe de los creyentes, que obra cosas invisibles: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (He. 11:1)...

3. En la obra interior de iluminación salvadora. El Espíritu del Señor no sólo da luz, sino vista, a los escogidos. No sólo les abre las Escrituras, sino que les abre los ojos y revela a Cristo en ellas. (Gá. 1:15-16). Ésta es aquella demostración del Espíritu de la cual habla Pablo, la cual es el antecedente inmediato de la fe, sin la cual nadie cree.

¿[POR QUÉ] NOS ES PRESENTADO CRISTO DESDE SU NACIMIENTO?

1. Para que veamos la fidelidad de Dios en cumplir su promesa. La promesa de Cristo era antigua, cuyo cumplimiento había sido largamente demorado, pero ahora la vemos cumplida en el tiempo que Dios le tenía asignado, por lo que podemos estar seguros de que cumplirá a su tiempo el resto de sus promesas.

2. Para que podamos regocijarnos en él. El nacimiento de su precursor fue un gozo para muchos (Lc. 1:14 entonces ¿cuánto más el de él? Los ángeles cantaron de gozo por el nacimiento de Cristo (Lc. 2:13-14). Y nos es presentado para que podamos cantar con ellos, pues es motivo de gran gozo (Lc. 2:10-11). Y todo el que conoce el peligro de su pecado se regocijará cuando Cristo le sea presentado, tal como el hombre inculpaado se goza cuando ve al Príncipe quien puede indultarlo.

3. Para que pongamos nuestros ojos en él, veamos su gloria y seamos llevados con él. Por esta razón, se invita a menudo a los pecadores a fijar sus ojos en él: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más” (Is. 45:22). “Salid, oh doncellas de Sion, y ved al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y el día del gozo de su corazón” (Cnt. 3:11). Mirar la fruta prohibida ha corrompido tanto a los ojos de la humanidad que las cosas del mundo se ven como a través de una lente de aumento y es imposible verlas como realmente son, hasta contemplar a Jesús en toda su gloria.

4. En último lugar, para que podamos reconocerlo en el carácter en el que se manifiesta como Salvador del mundo y *nuestro* Salvador. Porque es pre-

sentado como un joven príncipe al ser reconocido como heredero de la corona. El Padre lo escogió a él para ser el Salvador del mundo, nos lo ha dado como nuestro Salvador y así lo presenta para que lo reconozcamos.

APLICACIÓN: Le exhorto, por tanto, a *creer* que Cristo le es presentado a usted en su nacimiento como uno de su familia. Si pregunta usted qué debe hacer cuando cree, le respondo:

(1) ***Abrácelo con alegría.*** “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria” (Sal. 24:7). Cuando [Jesús] fue presentado en el templo, el anciano Simeón lo tomó en sus brazos sintiendo en su alma total satisfacción (Lc. 2:28-29). En cuanto a su presencia corporal, está ahora en el cielo, pero le es presentado a usted en el evangelio, abrácelo por fe de todo corazón, creyendo en él para salvación, renunciando por él a todos los demás salvadores, entregándose a él para tranquilidad de su conciencia y su corazón!

(2) ***Béselo*** —con un beso de amor (Sal. 2:12), entregándole su corazón: “Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos” (Pr. 23:26), con un beso de *honra*, honrándole en su corazón, con sus labios y su vida, y con un beso de *sometimiento*, recibéndole como su Señor, Rey, Cabeza y Esposo.

(3) ***Bendígalo*** —“Cantad a Jehová, bendecid su nombre; anunciad de día en día su salvación” (Sal. 96:2). ¡Es Dios bendito para siempre! Pero hemos de bendecirle, como bendecimos a Dios: abiertamente, proclamándolo bendito (Sal. 72:17), orando de corazón que venga su reino (Sal. 72:15).

(4) ***Adórelo.*** Es lo que hicieron los sabios de oriente (Mt. 2:11). Es el Dios eterno y, por lo tanto, debe ser adorado: “Inclínate a él, porque él es tu señor” (Sal. 45:11): Su Esposo, su Rey, su Dios. Adórelo con una adoración *interior*, consagrándole toda su alma; y adórelo con una adoración *exterior*.

(5) ***En último lugar, preséntele obsequios.*** Eso hicieron los magos (Mt. 2:11). Obséquiele su corazón a él (Pr. 23:26). [Entréguele] todo su ser (2 Co. 8:5) para glorificarlo en su alma, cuerpo, su sustancia, ¡su todo!

Tomado de “Christ Presented to Mankind-Sinners” (Cristo presentado a una humanidad de pecadores) en *The Works of Thomas Boston* (Las obras de Thomas Boston) Tomo 10, Tentmaker Publications.

www.tentmakerpublications.com

Thomas Boston 1676-1732): Pastor y teólogo presbiteriano escocés; nacido en Duns, Bersichshire, Escocia.

